La cohesión social en el contexto del territorio, las transferencias públicas y la desigualdad en México

VOLUMEN I

Mariana Betzaidet Cortés Sánchez
Mariano Velasco Torres
Humberto Cantellano Rodríguez
Alejandro Miguel Castañeda Valencia



BUAP | Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

La cohesión social en el contexto del territorio, las transferenciaspúblicas y la desigualdad en México

Volumen I

Mariana Betzaidet Cortés Sánchez
Humberto Cantellano Rodríguez
Mariano Velasco Torres
Alejandro Miguel Castañeda Valencia

La cohesión social en el contexto del territorio, las transferencias públicas y la desigualdad en México

Volumen I

Mariana Betzaidet Cortés Sánchez
Humberto Cantellano Rodríguez
Mariano Velasco Torres
Alejandro Miguel Castañeda Valencia

De acuerdo con la política de la Dirección de Fomento Editorial (DFE) de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, esta obra fue sometida a dictaminación por pares académicos siguiendo el proceso de doble ciego, a través del cual, tanto autores como dictaminadores son anónimos. La DFE resguarda el expediente respectivo y puede ser consultados a través de la Unidad de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales de acuerdo con los términos que al respecto establece la legislación aplicable.

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
Dirección de Fomento Editorial

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

- *Rectora:* María Lilia Cedillo Ramírez
- *Secretario General:* Damián Hernández Méndez
- *Vicerrector de Extensión y Difusión de la Cultura:* Rosalinda Merino Calderón.
- *Director General de Publicaciones:* Mary Kriss Parra Górriz

Primera edición: 2026

ISBN: 978-968-9744-87-0

D.R. BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

4 Sur 104, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP. 72000

Teléfono: 222 229 55 00

www.buap.mx

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

2 Norte 1404, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP. 72000

Teléfono: 222 246 85 59

libros.dgp@correo.buap.mx | www.publicaciones.buap.mx

Diseño de portada: Mauro Joaquín Larios Velázquez

Hecho en México

Made in Mexico

Facultad de Administración

Directora: María Guadalupe Morales Espíndola

Secretaría de Investigación y Estadios de Posgrado: Beatriz Herrera López

Secretario Académico: José Mauro Larios Sánchez

Secretaría Administrativa: Karla Coré Moreno Cortés

Prólogo

En la actualidad la cohesión social es un tema relevante en el contexto de generaciones poblacionales denominadas Millennials o Generación Y (1981-1996) y los Centennials o Generación Z (1997-2012), la primera caracterizada históricamente por el uso masificado del internet de banda ancha y los teléfonos inteligentes, la segunda por el uso de dispositivos electrónicos de acceso a las redes sociales. Para ambas generaciones, se establecen vínculos sociales más allá de su contexto cultural, fronteras territoriales y alcance de las políticas sociales y ámbitos de decisiones colectivas.

En este sentido, los individuos trascienden de sus fronteras de interacción directa y de interés común a sociedades cada vez más globalizadas, se organizan e informan queriendo ver la realidad de manera virtual a través de textos, imágenes y videos utilizando las redes sociales como el WhatsApp, YouTube, Facebook, Instagram y X. Sin embargo, estos medios de comunicación no deben sustituir en la práctica a las redes de confianza comunitaria, las formas de cooperación para un beneficio social, así como la solidaridad para el bien común y la resiliencia ante emergencias.

El libro trata de interpretar como los vínculos sociales prevalecen o se deterioran al analizar diferentes factores presentes en el territorio, como las características propias de las personas que integran el hogar y las transferencias públicas, mostrando un mapa de la heterogeneidad de la cohesión social en México.

El análisis se realiza a partir del bagaje teórico de la cohesión social para interpretar la efectividad de las políticas públicas, como un logro o resultado de la política pública o como una característica social que debe prevalecer para promover el desarrollo.

En esta lógica, aunque no diferenciada, queda implícita en el análisis la importancia de las redes sociales, las formas de organización virtual de los individuos, así como las formas de comunicación entre individuos y grupos de individuos para analizar la incidencia en las decisiones públicas a partir del uso masificado de los dispositivos tecnológicos conectados a una red de internet de banda ancha.

Además, en los procesos de gobernanza, una forma novedosa de la participación ciudadana es precisamente, los canales bidireccionales de comunicación a partir de los dispositivos electrónicos, no sólo para su participación en la toma de decisiones, sino también, para el acceso a la información pública, lo que obliga a los gobiernos a ser más transparentes en el ejercicio de los recursos públicos.

Debemos de advertir de los riesgos en el uso de las redes sociales como una forma de mantener vínculos sociales, porque nadie valida la información o el conocimiento disponible, inclusive se genera información falsa, es decir, puede ser un medio de legitimidad o descredito

de las acciones sociales, en el caso de la legitimidad muy frecuente cuando se busca ganar credibilidad o proyección de resultados en el futuro inmediato.

El enfoque que debe interesarnos es la información real y la interacción ciudadana para generar valor público, buscar el consenso para la aceptación o el rechazo de las acciones de gobierno, es decir, la legitimidad de las acciones gubernamentales, pero, sobre todo, orientados a promover un desarrollo sostenible.

Entonces, mantener los vínculos sociales tradicionales, como la solidaridad, la identidad cultural y las organizaciones formales para la cooperación en busca de un beneficio común, ya no son suficientes ante la tendencia de una sociedad cada vez más informada y desinteresada en los asuntos públicos.

Los autores, con una formación multidisciplinaria están obligados a buscar respuestas a estos desafíos globales de las tendencias tecnológicas y las formas masivas de comunicación a través de las redes sociales, como una forma de vinculo social, además de la medición de la cohesión social y sus factores que la determinan.

Así que la invitación es a la lectura de esta entrega, sobre la medición de la cohesión social en México y los factores causales, dejando la libre decisión de los autores a realizar más estudios a nivel de espacios territoriales con características específicas para determinar cómo las redes de confianza que prevalecen en una realidad virtual y real puedan legitimar las acciones públicas y generar valor público.

Los autores

Índice de contenido

Introducción **12**

Capítulo 1. Evolución conceptual, fundamentos teóricos y desafíos para la medición de la cohesión social **16**

1.1. Evolución histórica y construcción del concepto de cohesión social **16**

1.2. La cohesión social como constructo multidimensional, multinivel y dinámico **19**

1.3. Componentes y conceptos relacionados con la cohesión social **22**

1.3.1. Introducción **22**

1.3.2. Capital social **23**

1.3.3. Inclusión e integración social **25**

1.3.4. Solidaridad, pertenencia y tejido social **28**

1.4. Operacionalización de la cohesión social **31**

1.5. Relevancia contemporánea y desafíos de la cohesión social **34**

Capítulo 2. Dimensiones de la cohesión social **37**

2.1. Síntesis conceptual de las dimensiones constitutivas de la cohesión social **37**

2.2. La construcción dimensional de la cohesión social **38**

2.3. Organización y articulación de las dimensiones de la cohesión social **41**

Capítulo 3. Diseño metodológico y estrategia de análisis. **45**

3.1. Diseño de la investigación **45**

3.2. Fuentes de información y tamaño de muestra **45**

3.3. Operacionalización de la cohesión social **46**

3.4. Variables de contexto, caracterización territorial y métodos de análisis **50**

3.5. Metodología para el análisis territorial **53**

Capítulo 4. Evidencia empírica de la Cohesión Social en México **56**

4.1. Comportamiento general del índice de Cohesión Social **56**

4.2. Cohesión social según ámbito rural-urbano. **58**

4.3. Población indígena y cohesión social **59**

4.4. Cohesión social y ciclo de vida **60**

4.5. Pobreza, ciclo de vida y cohesión social **62**

4.6. Educación y cohesión social **63**

4.7. Cohesión social en hogares con requerimientos de cuidado de menores **64**

4.8 Transferencias públicas y cohesión social. **65**

Capítulo 5. Dinámica territorial de la Cohesión social **71**
5.1. Diferencias territoriales de la cohesión social **71**
5.2. Regionalización territorial de la cohesión social **75**
5.3 Regionalización y ámbito rural y urbano **77**
5.4. Desigualdad intrarregional de la cohesión social **79**

Conclusión **84**

Referencias bibliográficas **86**

Índice de tablas

Tabla 1 Dimensiones y componentes de la cohesión social **40**

Tabla 2 Dimensiones y componentes de la cohesión social según la CEPAL..... **43**

Tabla 3 Ítems de la ENIGH que integran el índice de cohesión social..... **47**

Tabla 4 Coeficientes de puntuación, cargas y unicidades de los índices construidos mediante PCA y análisis factorial..... **49**

Tabla 5 Estructura conceptual y metodológica del análisis de la cohesión social..... **55**

Tabla 6 Índices de cohesión social por ámbito rural-urbano..... **59**

Tabla 7 Índices de cohesión social por condición indígena-no indígena **59**

Tabla 8 Valores estimados de cohesión social por ámbito territorial y condición indígena **60**

Tabla 9 Estimaciones de regresión de los índices de cohesión social según nivel educativo del jefe de hogar **64**

Tabla 10 Asociaciones de los beneficios gubernamentales sobre la cohesión social: evidencia de modelos extensivos, intensivos y con interacciones..... **68**

Tabla 11 Contrastes marginales ajustados de las transferencias gubernamentales según condición de pobreza **69**

Tabla 12 Índices de cohesión social por entidad federativa en México, 2024..... **71**

Tabla 13 Índices regionales de cohesión social en México, 2024..... **75**

Tabla 14 Contrastes regionales del índice de cohesión social respecto a la región Norte-Noroeste..... **76**

Tabla 15 Índice de cohesión social por ámbito rural-urbano, 2024..... **77**

Tabla 16 Modelo de interacción regional del índice de cohesión social en México, 2024..... **78**

Tabla 17 Desigualdad regional del índice de cohesión social..... **80**

Tabla 18 Descomposición regional de la heterogeneidad distributiva del índice de cohesión social en México, 2024 ..... **82**

Índice de gráficas

Gráfica 1 Distribución de los índices de cohesión social a nivel nacional **58**

Gráfica 2 Cohesión social estimada por edad, territorio y condición indígena **61**

Gráfica 3 Cohesión social estimada por pobreza y edad..... **63**

Gráfica 4 Diagrama de dispersión espacial de Moran para el ICS_prom, 2024 ..... **74**

Gráfica 5 Brechas territoriales de cohesión social según región y ámbito urbano-rural, 2024 ..... **79**

Índice de mapas

Mapa 1 Mapa de cuantiles del índice de cohesión social promedio por entidad federativa, 2024..... **73**

Mapa 2 Mapas LISA del índice de cohesión social en las entidades federativas de México, 2024. ..... **75**

Introducción

En las últimas décadas, el concepto de cohesión social ha transitado del debate académico a un tema destacado en política pública derivado de un escenario de crisis estructural caracterizado por la persistencia de la pobreza, la agudización de la desigualdad, las disrupciones tecnológicas y una violencia que crece aceleradamente, situación que ha forzado a las comunidades a buscar diferentes mecanismos de resistencia.

El funcionamiento de una sociedad y su facultad para asimilar los impactos sistémicos radican, fundamentalmente, en la arquitectura relacional, tanto en la densidad y como en la calidad de sus vínculos de cooperación, la solidez de la confianza recíproca entre los ciudadanos, y de manera crucial, la legitimidad de las instituciones que median y articulan la convivencia colectiva. La cohesión social, por tanto, no debe entenderse como un subproducto del bienestar material, sino como la base sustancial que permite la vida en común en tiempos de incertidumbre.

Este planteamiento no es reciente, el concepto ha sido analizado desde las aportaciones de Émile Durkheim (1893) sobre la solidaridad social hasta las discusiones contemporáneas impulsadas por organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) o la Unión Europea. La cohesión social ha sido entendida como un elemento indispensable para favorecer la estabilidad democrática, el bienestar y la capacidad de las sociedades para enfrentar procesos de cambio. No obstante, conforme el concepto ha sido incorporado a distintos campos del conocimiento, también se ha ampliado la diversidad de interpretaciones acerca de su significado, sus componentes y las formas más adecuadas de medirlo.

Actualmente existe un consenso amplio respecto a que la cohesión social constituye un fenómeno complejo y multidimensional, sin embargo, dicho consenso desaparece cuando se intenta delimitar cuáles son las dimensiones que la integran, cómo interactúan entre sí o cuáles deberían privilegiarse en su medición empírica, razón por la cual, no existen fuentes de información estadística homogéneas para su medición. Algunas aproximaciones enfatizan las relaciones interpersonales y el capital social; otras conceden mayor importancia a la confianza institucional, la inclusión social, la participación ciudadana o el sentido de pertenencia. Esta diversidad refleja la riqueza del concepto, pero también ha generado importantes dificultades para comparar resultados entre investigaciones, construir indicadores consistentes y traducir el conocimiento científico en herramientas útiles para el diseño de políticas públicas.

La heterogeneidad social en México, junto con las profundas desigualdades terri-

toriales, evidencian las brechas económicas, culturales y hasta institucionales, que condicionan las relaciones de confianza, cooperación y reciprocidad entre las personas.

La cohesión social no es un fenómeno estático, sino por el contrario, presenta un dinamismo que exige la comprensión de todo aquello que lo hace cambiar y que afecta en sus interacciones, por lo cual, al evaluarse deben considerarse indicadores indirectos o variables proxy, reconociendo la presencia de distintas dimensiones, mismas que impactan en los propios entornos en los que se desenvuelven las personas, ocasionando influencia en las organizaciones sociales y por ende en las condiciones estructurales de una región.

De esta manera, el libro plantea a la cohesión social como un proceso activo con dimensiones comunitarias, institucionales y características particulares en las que una sociedad se desenvuelve, por lo tanto, no se intenta establecer una definición única del concepto de cohesión social, sino a partir de rescatar elementos conceptuales diversos, se busca analizar y evaluar su comportamiento específico dentro del contexto nacional.

En este sentido, el objetivo general de la obra es construir diferentes índices de cohesión social a partir de un diseño metodológico robusto y su aplicación considerando datos estadísticos de percepción de redes de apoyo y transferencias públicas para comprender diferentes contextos de análisis, interpretar la realidad social en México en sus diferentes espacios geográficos y generar conocimiento que contribuyan al diseño de una política pública.

A su vez, se plantean tres objetivos particulares, el primero, analizar la riqueza conceptual relacionada con la cohesión social mediante una revisión de literatura especializada, desde sus orígenes del concepto hasta las discusiones contemporáneas, con la finalidad de buscar el sustento metodológico de los índices de cohesión social; el segundo, desarrollar la metodología del índice a partir de la información estadística disponible en la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares de 2024 (ENIGH 2024) para demostrar su pertinencia y consistencia con otras técnicas estadísticas, de tal manera que se realice la contrastación en el análisis y la validez de su interpretación; finalmente, el tercer objetivo es aplicar la metodología diseñada para la medición de la cohesión social mediante el uso de software estadístico donde se consideran diferentes variables que caracterizan a la jefatura en el hogar, características sociodemográficas, así como las transferencias públicas, con la finalidad de generar conocimiento de la heterogeneidad de la cohesión social en contextos territoriales.

La obra se organiza en cinco capítulos, los cuales se estructuran bajo la lógica de comprender primero el concepto de cohesión social, sus dimensiones, la metodología

para su medición y los principales hallazgos caracterizados por contextos territoriales, demográficos e institucionales.

De esta manera, en el primer capítulo se hace una revisión epistemológica del concepto de cohesión social, abordando diversas corrientes teóricas para distinguir sus aspectos coincidentes y divergentes, así como el establecer las diferencias con otros conceptos que también abordan las relaciones entre individuos y estos con las instituciones.

El segundo capítulo se enfoca al análisis de las distintas dimensiones de la cohesión social, establecidas por las principales escuelas del conocimiento, considerando sus planteamientos y objetivos, permitiendo con ello, reconocer la evolución de la cohesión social junto con su multidimensionalidad y su carácter multinivel.

Sobre esta base teórica, en el tercer capítulo se desarrolla una estrategia metodológica orientada a construir un índice de cohesión social utilizando información proveniente de la ENIGH (2024), incorporando técnicas estadísticas y econométricas para el análisis estadístico de la cohesión social.

En el cuarto capítulo se muestran los resultados obtenidos en la distribución de la cohesión social en México, considerando los diferentes grupos poblacionales y su relación con una serie de variables socioeconómicas tomadas en cuenta como determinantes para su desenvolvimiento.

De igual manera, en el quinto capítulo, a través de un análisis espacial y con evidencia estadística, se identifica la distribución de la cohesión social en las configuraciones regionales del país, marcando una perspectiva territorial.

La autenticidad de la investigación se caracterizada por cuatro aspectos, el primero corresponde a una propuesta que coadyuva a medir la cohesión social en México, utilizando información de la ENIGH 2024, generando un indicador estadístico con atributos que permiten el análisis y comparación, tanto entre zonas urbanas y rurales, grupos poblacionales, entornos socioeconómicos, como entre las propias entidades federativas del país.

El segundo aspecto corresponde a la originalidad que presenta la obra al utilizar diversas técnicas estadísticas como el promedio simple, análisis de componentes principales y el análisis factorial exploratorio, una propuesta metodológica robusta para la generación de un indicador estadístico sólido, capaz de contribuir a la medición y evaluación de la cohesión social en México.

Derivado de lo anterior, la tercera contribución que debe destacarse es la incorporación de la dimensión territorial en el análisis de la cohesión social, evidenciando

resultados diferenciados y la razón por la cual debe ser considerada en los estudios, permitiendo a su vez la identificación de patrones de concentración y contraste territorial.

El Índice de Cohesión Social desarrollado en esta obra intenta formar parte de una serie de herramientas e indicadores de referencia, no solo en el ámbito de la investigación, sino para las propias instituciones gubernamentales y organismos interesados en comprender la complejidad del tejido social mexicano desde una perspectiva cuantitativa y territorial.

El cuarto aspecto y el más innovador de la investigación consiste en incorporar explícitamente la dimensión espacial al estudio de la cohesión social, desde esta perspectiva, el territorio no constituye únicamente el escenario donde ocurren los fenómenos sociales; forma parte de los procesos que contribuyen a explicarlos.

La obra contribuye al campo de investigación aún en construcción, debido a la gran diversidad de enfoques existentes, también pone de manifiesto la necesidad de avanzar hacia propuestas conceptuales y metodológicas que permitan generar evidencia comparable, fortalecer el diálogo entre disciplinas y ofrecer insumos más sólidos para la formulación de políticas públicas. Desde esa perspectiva, el libro no busca cerrar el debate, sino aportar nuevos elementos para comprender un fenómeno cuya importancia resulta cada vez más evidente en sociedades marcadas por la diversidad, la desigualdad y la permanente transformación de sus formas de convivencia.

En este sentido, los autores están proponiendo realizar estudios en contextos específicos del territorio, de la cultura y la demografía, de tal manera que los resultados nos ayuden a comprenden la cohesión social como un resultado de las políticas públicas, en lugar de un antecedente.

Capítulo 1

Evolución conceptual, fundamentos teóricos y desafíos para la medición de la cohesión social

1.1. Evolución histórica y construcción del concepto de cohesión social

Para definir la cohesión social hay que identificar sus raíces en la tradición sociológica clásica para después responder a una de las preguntas fundamentales de las ciencias sociales ¿Qué es lo que mantiene unida a una sociedad? Ante tal cuestionamiento, surge el concepto de cohesión social, que busca explicar los mecanismos que mantienen la convivencia entre individuos, los factores que condicionan su estabilidad, el orden y la cooperación colectiva (Maldonado *et al*, 2021). En este sentido, se han realizado múltiples aportaciones que han permitido la evolución del concepto y que actualmente incorpora diversas dimensiones como las económicas, políticas, culturales e institucionales, sin embargo, sus fundamentos tienen su origen a partir de las aportaciones durkheimianas, al sentar las bases fundamentales para comprender la cohesión social como un fenómeno que explica la permanencia de las sociedades (Villegas-Olivar & Rivera-García, 2025; Durkheim, 1893).

Identificamos el origen de la cohesión en la tesis doctoral de Durkheim (1893), en la cual se explica a la cohesión social mediante los conceptos de solidaridad mecánica y orgánica. La *solidaridad mecánica* considera la similitud entre individuos con normas y prácticas en sociedades tradicionales, la *solidaridad orgánica* se refiere a la cooperación y complementariedad entre individuos en sociedades industriales o modernas (Villegas-Olivar & Rivera-García, 2025). Desde este punto de vista, la cohesión ya no depende exclusivamente de la semejanza entre los miembros de una comunidad, sino que ahora se explica por relaciones complejas de cooperación entre individuos, derivadas de la especialización con el aumento de la división del trabajo. Actualmente se ha propuesto una reformulación conceptual para incluir al "hecho social" durkheimiano que incorpore a la totalidad de creencias y sentimientos compartidos de los individuos determinados socialmente.

La obra de Durkheim representó una disrupción en la evolución de la teoría social, en el sentido de que el orden de una sociedad no sólo se determina desde el poder público con normas y fuerzas coercitivas, sino que desde abajo también se construye, incorpo-

rando la totalidad de creencias y sentimientos compartidos de los individuos determinados socialmente (Aruqaj, 2023). Este enfoque sigue vigente para entender la cohesión social, dado que las aportaciones recientes coinciden en que una sociedad cohesionada es aquella donde los vínculos entre sus miembros facilitan las acciones cooperativas y promueven el bienestar colectivo.

No obstante, la idea original de Durkheim hacía referencia a las transformaciones en el contexto de la industrialización europea de finales del siglo XIX, cuando en las sociedades se observaba un proceso de apertura económica, diversificación cultural y expansión de los sistemas democráticos, en este escenario, la explicación que comprendía exclusivamente a la solidaridad, resultó insuficiente para comprender otras formas de organización social, de tal manera que tuvieron que considerarse otros elementos relacionados como la confianza, la participación ciudadana, la inclusión social, la igualdad de oportunidades y la relación entre la sociedad y las instituciones públicas.

Uno de los acontecimientos más importantes en esta evolución fue el Tratado de Maastricht firmado en 1992, donde se consideró a la cohesión social como un tema central en el proyecto de integración de la comunidad europea, donde la vinculación entre individuos ya no fue la referencia, ahora la cohesión social se retoma como un principio orientador de las políticas que buscan reducir las desigualdades económicas, sociales y territoriales entre los Estados miembros, de esta manera el constructo se comenzó a asociarse con la prosperidad compartida, la convergencia regional y el fortalecimiento del proyecto político europeo (Haro-Álvarez & Vázquez-Vázquez, 2017).

De manera paralela, en países latinoamericanos el concepto respondió a un contexto distinto, su estudio responde a una respuesta a los efectos sociales derivados de las reformas económicas neoliberales, es decir, la cohesión social aparece en un contexto de incremento de la desigualdad, la pobreza y la exclusión social. Con esta perspectiva, la cohesión fue entendida como un mecanismo para fortalecer la integración social mediante políticas públicas que garantizarán el acceso a derechos fundamentales, reducir las desigualdades sociales y mejorar las capacidades institucionales (Haro-Álvarez & Vázquez-Vázquez, 2017).

En este proceso de ampliación conceptual, las aportaciones de Maxwell (1996) contribuyeron a un punto de inflexión importante, tal fue el caso que sus ideas fueron retomadas por el Consejo Europeo. Maxwell planteaba que la cohesión social no solo debe comprender a partir de estructuras económicas o normas compartidas, sino que también es resultado de procesos donde las personas construyen valores comunes y desarrollan comunidades de interpretación para comprender y apreciar la sociedad en la que viven (Villegas-Olivar & Rivera-García, 2025). Esta perspectiva sustituyo parcialmente

la atención desde las estructuras hacia los procesos simbólicos y relacionales.

Con estos nuevos elementos se comprendió la relación entre el concepto de cohesión social y capital social cuya importancia fue mayor durante la década de 1990. Estos conceptos no son equivalentes, pero comparten una preocupación común, la de entender las relaciones entre individuos y la generación de recursos colectivos que facilitan la cooperación y la acción conjunta. De esta manera, el capital social constituye uno de los principales mecanismos para fortalecer la confianza, las normas de reciprocidad y las redes sociales que sustentan la cohesión de una sociedad (CEPAL, 2007).

Complementariamente, otros enfoques teóricos aportan conocimiento para una mejor comprensión del fenómeno, como la teoría de la acción comunicativa de Habermas (2010), que plantea la idea de que la solidaridad también puede construirse mediante procesos deliberativos orientados al entendimiento mutuo, mientras que las perspectivas de Giddens (2007), Bourdieu (1986) y Sewell (2005) determinaron que la cohesión social surge de una interacción permanente entre las estructuras sociales y la capacidad de acción de los individuos, donde los vínculos sociales no son estáticos, sino que se modifican continuamente a la par de las dinámicas institucionales, las prácticas sociales y las condiciones históricas.

Como resultado de estas aportaciones, el concepto ya no se relaciona exclusivamente con la solidaridad, sino que incorpora una visión mucho más amplia donde convergen factores relacionales, institucionales y normativos. Se puede decir entonces que la cohesión social es un constructo en permanente evolución, un concepto que se ha enriquecido conforme a nuevas formas de comprender la integración, la cooperación y el bienestar común. Este proceso explica el por qué no se tiene una definición única o universalmente aceptada, sino aproximaciones que reflejan distintas prioridades analíticas y contextos sociales (Tok *et al.*, 2024; United Nations, 2023).

De manera general, estas aportaciones nos indican que la cohesión social ha transitado desde la explicación de las formas de solidaridad hacia un constructo mucho más complejo, que integra diferentes dimensiones como las sociales, económicas, políticas e institucionales. Lejos sustituir las ideas fundacionales de Durkheim (1893), el desarrollo refleja una progresión del concepto para responder a los nuevos planteamientos que enfrentan las sociedades contemporáneas. La ampliación del concepto constituye la base de las discusiones actuales, considerando precisamente su naturaleza multidimensional, su carácter dinámico y los desafíos asociados a su conceptualización y medición, de esta manera, se reconoce al constructo como un fenómeno complejo cuya delimitación continúa en desarrollo.

1.2. La cohesión social como constructo multidimensional, multinivel y dinámico

El desarrollo del concepto ha sido de interés relevante para investigadores, gobiernos y organismos internacionales, sin embargo, como ya explicamos en el apartado anterior, no existe un concepto ampliamente aceptado, lo que no es una debilidad teórica, sino que el concepto presenta una complejidad según contextos, disciplinas y objetivos desde los cuales ha sido estudiado. Por eso, disciplinas como la Psicología Social, la Sociología, la Ciencia Política, la Salud Pública o los estudios sobre desarrollo han abordado la cohesión social desde perspectivas muy diferentes, dando prioridad a dimensiones que mejor encajan con sus objetivos (Moustakas, 2023). La realidad es que el concepto no es único y tampoco estático, es un constructo abierto y en evolución, construyéndose a partir de nuevas formas de entender las relaciones entre individuos, comunidades e instituciones.

Esta diversidad de contribuciones puede concretarse en una revisión conceptual realizada por Maldonado *et al*. (2021), que, tras analizar la literatura, contabilizaron treinta y dos definiciones de cohesión social que convergen en valores como la confianza, el sentido de pertenencia, la cooperación, el respeto y la capacidad de gestión de las diferencias.

Las aportaciones son complementarias y tienen elementos en común, cada uno con el foco de atención en aspectos diferentes, permitiéndole al autor clasificarlas en cinco perspectivas relevantes. La primera de éstas concibe a la cohesión como la capacidad de una sociedad para garantizar los derechos fundamentales, generar bienestar y evitar la exclusión de los beneficios públicos. La segunda atiende la calidad de los lazos establecidos entre las personas (plano horizontal), así como, los que se establecen con las instituciones (plano vertical) a partir de normas, valores y actitudes compartidas. Una tercera perspectiva prefiere entenderla como un proceso dinámico, es decir, como un camino continuo de participación, integración y afianzamiento del sentimiento de pertenencia. La cuarta la interpreta como un fin común, orientado evitar conflictos y a construir vínculos institucionales que hagan viable la cooperación. Finalmente, la quinta la concibe como una cualidad de la sociedad que se manifiesta en forma de confianza, resiliencia, respeto mutuo y compromiso con el bien común (Maldonado *et al.*, 2021).

Estas concepciones muestran la diversidad conceptual que caracteriza el estudio de la cohesión social, y nos trae a la memoria, que antes de abordar su estudio, debe establecerse con claridad la perspectiva con la que se pretende observar el fenómeno y el objetivo del análisis.

Al estudiar la cohesión social debe considerarse su naturaleza multidimensional porque el constructo no puede ser explicado por un único atributo, sino que incorpora

simultáneamente procesos, condiciones estructurales, normas sociales, mecanismos institucionales y percepciones individuales. Las dimensiones varían según el contexto del estudio y su propósito analítico, puede incluir aspectos como la igualdad de oportunidades, la participación ciudadana, la confianza interpersonal e institucional, la inclusión social, el reconocimiento, el sentido de pertenencia, la solidaridad o la capacidad para resolver conflictos colectivos (Cabrera *et al.*, 2018; Mainlehwon, 2025; United Nations, 2023). Esta variedad de componentes explica precisamente el alto nivel de abstracción del constructo, de tal manera que, para poder observarlo y medirlo, se requiere también de indicadores indirectos.

Desde esta perspectiva metodológica, la cohesión social no constituye un fenómeno directamente observable porque la medición depende de la selección de dimensiones que expliquen adecuadamente las relaciones sociales presentes en el análisis. Como señalan Moustakas (2023) y United Nations (2023), cualquier estrategia de operacionalización enfrenta el dilema de diferenciar y delimitar los componentes que funcionan como antecedentes, aquellos que se representan mecanismos o resultados, muchos de ellos tendrán relaciones bidireccionales e incluso podrán desempeñar distintos papeles dependiendo del contexto de análisis. Esta condición explica por qué diferentes investigaciones, aun partiendo de fundamentos teóricos similares, seleccionan indicadores distintos y obtienen aproximaciones empíricas igualmente válidas del fenómeno.

Otro aspecto por considerarse en la medición es su naturaleza multinivel del concepto, se refiere a las diferentes escalas de organización social y en el análisis se debe distinguir los espacios donde se establecen los vínculos que la sustentan. En el nivel micro predominan actitudes, percepciones y comportamientos individuales relacionados con la confianza, la reciprocidad o la disposición para cooperar. El nivel meso se observan dinámicas que se desarrollan en grupos, comunidades o barrios, donde adquieren relevancia las redes sociales, la identidad colectiva, la participación y la resolución de conflictos. Finalmente, el nivel macro se incorpora a las instituciones, la normatividad y las estructuras sociales que favorecen o limitan la cooperación, la inclusión y la legitimidad institucional (Aruqaj, 2023; Fonseca *et al.*, 2019).

Identificar a los niveles nos ayuda a comprender que la cohesión social va más allá de las relaciones interpersonales, es un fenómeno que surge de la interacción permanente entre individuos, comunidades e instituciones. En este sentido, diversos autores sostienen que la evaluación de la cohesión debe considerar los distintos niveles de análisis, de esta manera Puddle *et al.* (2025) proponen examinarla desde escalas territoriales que abarcan barrios, ciudades y naciones, a diferencia de Riazi *et al.* (2026) que precisan ampliar esta perspectiva considerando a individuos, grupos, comunidades, instituciones e incluso

sociedades nacionales. La aproximación multinivel permite reconocer aquellos factores que fortalecen la cohesión y su diferencia en contextos locales y nacionales, una situación que hace más compleja la construcción de instrumentos para su medición.

Una característica adicional por considerarse es el carácter dinámico del constructo, a diferencia de los conceptos que describen estados permanentes, aquí se trata de un proceso continuo de construcción, transformación y adecuación de los vínculos sociales. Las definiciones contemporáneas, manifiestan coincidencia en que la cohesión no representa una condición ya establecida de manera definitiva, sino representa un proceso evolutivo según las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales de una sociedad (Fonseca *et al.*, 2019; Maldonado *et al.*, 2021). En consecuencia, el fortalecimiento o debilitamiento de la cohesión depende de la capacidad de resiliencia de las sociedades para restablecer vínculos de cooperación frente a escenarios cambiantes.

Hay evidencia empírica de la naturaleza dinámica que se observa al analizar la evolución temporal de la cohesión social, autores como Castillo *et al.* (2022), identificaron que, si bien los índices globales pueden dar como resultado una relativa estabilidad, sus dimensiones sustentadas en percepciones individuales pueden presentar una mayor variabilidad frente a los acontecimientos recientes, como los cambios institucionales o transformaciones del entorno social. Los resultados responden a que las percepciones sobre la confianza, el sentido de pertenencia o la legitimidad institucional pueden modificarse en periodos relativamente cortos, mientras que los componentes estructurales como las desigualdades sociales, las capacidades institucionales o las redes sociales consolidadas, evolucionan mediante procesos acumulativos que suelen manifestarse en horizontes de mayor plazo tiempo.

La inestabilidad en las dimensiones explica entonces el por qué numerosos autores consideran que la cohesión social posee un carácter multifacético, esto es, más que un concepto simple, representa un campo analítico en el que convergen distintas disciplinas, perspectivas, normativas y objetivos de política pública. Para Moustakas (2023), esta condición se puede prestar a interpretaciones diferentes, en ocasiones, existe una confusión con sus causas o sus consecuencias de los componentes, llegando incluso a describirla como un "cuasi-concepto" debido a la amplitud de significados que ha adquirido. En consecuencia, la diversidad de aportaciones no implica la inexistencia de un núcleo conceptual común, sino la necesidad de delimitar con claridad el enfoque adoptado en cada investigación.

Se asume en este trabajo que la cohesión social es un constructo multidimensional, multinivel y dinámico, determinado por la calidad de los vínculos entre individuos, comunidades e instituciones. Desde esta perspectiva, la cohesión no es un estado ideal

ya alcanzado por una sociedad, sino un proceso continuo de construcción social que es resultado de la confianza, la reciprocidad, la participación y el reconocimiento mutuo, cuya configuración está supeditada a condiciones históricas, institucionales y territoriales específicas. Esta definición nos permite integrar los consensos teóricos de la literatura y ofrecer un marco conceptual sólido para justificar la selección de dimensiones e indicadores que se emplearán en el capítulo de evaluación de la cohesión social en México.

1.3. Componentes y conceptos relacionados con la cohesión social

1.3.1. Preliminar

Definir con precisión la cohesión social es una tarea complicada, principalmente porque la literatura no establece fronteras entre los diversos conceptos que pudieran parecer similares, pero que realmente no lo son. Términos como capital social, inclusión, integración social, solidaridad, sentido de pertenencia y tejido social son usados de forma intercambiable. A veces aparecen implícitas en el concepto, otras veces aparecen como sus causas, efectos o directamente como sinónimos, lo que genera una gran confusión teórica (Ottone, 2007; Maldonado *et al.*, 2021; Leong *et al.*, 2025). La mezcla de conceptos nos lleva a percibir a la cohesión social como un constructo de fronteras borrosas, entorpeciendo tanto su definición teórica como su medición en la práctica (Moustakas, 2023; Tok *et al.*, 2024).

Con el conocimiento de similitudes conceptuales no se justifica diluir sus fronteras, al contrario, se requiere de una lucidez teórica suficientemente capaz de trazar una línea nítida entre los catalizadores que dinamizan la cohesión, las dimensiones en las que ésta se materializa y los efectos derivados de una sociedad integrada (Aruqaj, 2023; Moustakas, 2023).

Para una mayor claridad conceptual, en los apartados siguientes se examinan algunos conceptos que mantienen relación estrecha con la cohesión social, para diferenciarlos y clarificar límites conceptuales. El propósito no es redefinir nuevamente el constructo, sino precisar el papel que desempeñan el capital social, la inclusión e integración social, así como la solidaridad, el sentido de pertenencia y el tejido social dentro de su arquitectura conceptual.

Del conjunto de conceptos asociados, probablemente ninguno tiene una relación tan simbiótica y crítica como el capital social. De manera reciente, la trayectoria de am-

bos términos ha causado confusión en algunas investigaciones al punto que solapan los conceptos o reducen uno a la mera expresión del otro. El origen de esta simbiosis es porque tienen un núcleo explicativo común, se establece como premisa que las redes relacionales generan activos colectivos capaces de dinamizar la acción recíproca, reducir los costes de la interacción social y reforzar la autogestión comunitaria frente a las crisis locales. La literatura reciente se enfoca en delinear una brecha entre los conceptos, advirtiendo que, si bien analizan los vínculos entre miembros de una sociedad, representan constructos conceptuales con naturalezas y alcances diferenciados (Bhandari & Yasunobu, 2009; Moustakas, 2023).

1.3.2. Capital social

En términos generales, el capital social se define como el conjunto de recursos latentes y expresados que emergen de los vínculos sociales, la reciprocidad, la confianza depositada y las dinámicas cooperativas entre individuos y colectivos (Bhandari & Yasunobu, 2009; Ferlander, 2007). El concepto no se reduce a un patrimonio individual, sino que opera como un activo propio y comunitario que optimiza los canales de coordinación, agiliza la información y democratiza el acceso a beneficios públicos mediante vínculos instituidos y estables. De esta manera, el capital social no se agota con la mera presencia de los lazos interpersonales, sino la importancia radica en la arquitectura cualitativa de esos vínculos y en la capacidad para generar dividendos colectivos y transferibles.

El alcance teórico de este constructo se alimenta de vertientes diversas y complementarias, por un lado, la tradición bourdieana que concibe al capital social como un recurso endógeno, un activo que resulta de las redes relacionales duraderas cuyo acceso e instrumentalización están indisolublemente ligados a las características de la estructura social. En un comparativo analítico, Putnam (2001) se enfoca más hacia la dimensión cívica y macroestructural, argumentando que el grado de confianza institucional, la correspondencia mutua y la participación comunitaria actúan como el pegamento que lubrica la acción colectiva y optimiza el desempeño de los regímenes democráticos. Más que las divergencias ontológicas, estas corrientes conceptuales hacen énfasis que el entramado relacional posee un valor estratégico y transversal que se manifiesta en las colectividades y se proyecta como un elemento necesario para del desarrollo comunitario y de la cohesión societal en su conjunto (Bhandari & Yasunobu, 2009; Putnam, 2001).

El instrumental analítico del capital social se enriqueció sustancialmente con la tipología de Putnam (2001), la cual permite dividir los vínculos sociales en tres dimensiones interdependientes. La primera de ellas, el capital social de vínculo (*bonding social*

capital), que constituye el tejido conectivo de proximidad; se gesta en núcleos con alta similitud sociodemográfica (familias, amistades íntimas o vecindarios cohesionados), robusteciendo los pactos de reciprocidad y el auxilio recíproco. La segunda dimensión corresponde al capital social de puente (bridging social capital), aparece como un agente de cambio que conecta a grupos socialmente distintos, ampliando los márgenes de la cooperación social y democratizando la información y capitales entre identidades heterogéneas, lo que contribuye a reducir procesos de exclusión. Por último, se establece el capital social de enlace (linking social capital), como una categoría que formaliza las relaciones de poder a partir de las relaciones verticales entre ciudadanos e instituciones, facilita el acceso a recursos, servicios públicos y mecanismos de participación política (Ferlander, 2007; Puddle *et al.*, 2025).

Esta última clasificación es una clave teórica para comprender por qué el capital social constituye el elemento que le da vida a la cohesión social, por lo que, lejos de ser conceptos equivalentes, las redes de confianza y los circuitos de cooperación horizontal constituyen la estructura social en diferentes niveles que hace posible la integración a gran escala. En consecuencia, la literatura empírica nos advierte que evaluar la salud de una sociedad cohesionada exige auditar primero la robustez de sus recursos relacionales. De ahí que los diseños métricos actuales converjan en la exploración de las redes de apoyo, el grado de confianza institucional, la movilización comunitaria y la acción colectiva, considerando que todas estas variables son expresiones tangibles y medibles del capital social acumulado (Quiroga-Juárez & Villafuerte-Valdés, 2022).

No podemos asumir que la cohesión social es parte del capital social o que el capital social es parte de la cohesión social, esto implicaría incurrir en el reduccionismo de un fenómeno complejo. De esta manera, el capital social delimita su campo de acción al inventario de recursos relacionales y a las dinámicas que fortalecen la acción colectiva, la cohesión social se visualiza como una red más integral con un enfoque sistémico, donde se consideran los imperativos de inclusión estructural, la legitimidad institucional, el reconocimiento político, la equidad distributiva, el arraigo identitario y el codesarrollo de horizontes compartidos (Maldonado *et al.*, 2021; Riazi *et al.,* 2026). En términos epistemológicos, el capital social se manifiesta como un elemento causal para la articulación societal, pero es insuficiente para agotar la riqueza ontológica de la cohesión social.

La distinción conceptual no representa un ejercicio taxonómico; sino es un conocimiento fundamental para efectos de diseño metodológico del fenómeno de estudio. Sino se advierten las diferencias conceptuales, se corre el riesgo de sesgar la selección de indicadores hacia alguno de ellos, marginando dimensiones críticas como la relación

ciudadano-institución o las condiciones estructurales que viabilizan la equidad o desigualdad comunitaria. Por consiguiente, si bien el capital social descifra la forma en que los miembros de una sociedad mantienen interacciones recíprocas, la cohesión social demanda una mirada holística que ensamble simultáneamente dinámicas relacionales, institucionales y territoriales. Bajo esta premisa epistemológica, la presente investigación operacionaliza el capital social como un eje endógeno e inferior, que funciona como catalizador de la cohesión social, pero complementa el análisis con elementos estructurales como la desigualdad económica y territorial.

1.3.3. Inclusión e integración social

La inclusión y la integración social son dos conceptos estrechamente relacionados con la cohesión social, y por lo mismo, suelen ser los que con mayor frecuencia provocan confusión. Es común encontrar un uso indiscriminado de ambos términos en la literatura, como si fueran sinónimos o duplicados semánticos del propio estado de cohesión, no obstante, debe precisarse que estos conceptos están lejos de ser equivalentes, aunque guardan una clara complementariedad (Ottone, 2007; CONEVAL, 2015).

La inclusión social hace referencia, en términos generales, a la capacidad de una sociedad para garantizar que todas las personas, independientemente de su origen étnico, condición socioeconómica, género, edad o cualquier otra característica, puedan acceder en igualdad de condiciones a los recursos, derechos, oportunidades y espacios de participación para una vida digna. Más que un atributo individual, la inclusión constituye una propiedad de la organización social, ya que depende de la existencia de instituciones capaces de reducir barreras estructurales y asegurar el ejercicio efectivo de los derechos sociales, económicos, políticos y culturales (Ottone, 2007; Grimalda & Tänzler, 2018).

El concepto de inclusión no se refiere a una ampliación en la cobertura de los programas públicos, su alcance parte del reconocimiento de las personas como miembros legítimos de una comunidad política y social. Por consiguiente, los procesos de inclusión consideran a las dimensiones relacionadas con la igualdad de oportunidades, la pluriculturalidad, la eliminación de prácticas discriminatorias y la posibilidad real de participar activamente en las cuestiones económicas, sociales y políticas. La exclusión social, por el contrario, se concreta en la interrupción o agotamiento de estos mecanismos de incorporación y suele expresarse mediante desigualdades estructurales que limitan la movilidad social, condicionan el acceso a recursos estratégicos y limitan el desarrollo de relaciones de confianza entre los beneficiarios y las instituciones públicas (Grimalda & Tänzler, 2018).

Este tipo de análisis se realiza especialmente en América Latina, donde la cohesión social comenzó a consolidarse como categoría analítica en respuesta a los procesos de desigualdad y fragmentación social. Bajo esta lógica, organismos como la CEPAL (2007) han sostenido que las políticas orientadas a garantizar derechos y ampliar las oportunidades de participación no consiste solo en mejorar las condiciones materiales de la población, sino que también permiten fortalecer vínculos de confianza entre ciudadanía y Estado, creando condiciones favorables para la cooperación que sienta las bases para el bien común (CEPAL, 2007; Maldonado *et al.,* 2021). De esta manera, la inclusión no debe confundirse con la cohesión social, la inclusión opera como el soporte estructural que hace posible la manifestación de la cohesión.

Frente a la dimensión estructural analizada anteriormente, la integración social introduce una mirada diferente. Mientras la inclusión establece las pautas de acceso, la integración pone el foco en la acción, ya que permite comprender cómo las personas participan en la práctica a través de la construcción de redes estables. Siguiendo con esta línea de análisis, resulta evidente que un sistema puede ser institucionalmente inclusivo y, de manera simultánea, tolerar la fragmentación y la desconfianza mutua entre sus miembros. Es ahí donde la integración cobra valor analítico, pues permite evaluar el componente relacional, es decir, la capacidad de los sujetos para establecer vínculos que sostengan la cooperación y el intercambio colectivo (Lozares *et al.*, 2011).

Si lo relacionamos con el enfoque de capital social, la integración se asocia estrechamente al denominado *linking social capital*, es decir, a las relaciones verticales que conectan a los ciudadanos con organizaciones e instituciones capaces de proporcionar recursos, información y oportunidades que difícilmente podrían obtenerse mediante las redes familiares o comunitarias (Lozares *et al.*, 2011). Esta situación es de considerable importancia dado que pone de manifiesto que la cohesión social no solamente está en función de la fortaleza de los vínculos horizontales entre individuos, sino que también considera a la calidad de los vínculos que las personas establecen con las instituciones cuya finalidad es garantizar derechos, resolver conflictos y construir confianza pública.

Continuando con este análisis, la integración social supera el enfoque de la mera interacción entre personas como resultado de su sociabilidad cotidiana, su verdadera vocación radica en la analizar todo tipo de vínculos en distintos niveles de organización social por medio de la cooperación para superar procesos de aislamiento, segregación o fragmentación territorial. De tal manera que la amalgama conceptual hace que algunos autores lleguen a considerar la integración como parte de los núcleos analíticos más cercanos a la cohesión social (CONEVAL, 2015). Pese a esta cercanía, considerar la integración como un equivalente conceptual de la cohesión social obligaría a marginar las

dimensiones estructurales e institucionales que desbordan la escala relacional.

A modo de resumen, la inclusión provee un marco institucional para mitigar las desigualdades y ampliar las oportunidades de participación; por otra parte, la integración evalúa como esas oportunidades se traducen en verdaderas relaciones sociales a escala micro y macro. Finalmente, la cohesión social considera la presencia de esas interacciones, además de la calidad de los lazos construidos, la confianza mutua, el sentido de pertenencia y la legitimidad de la estructura institucional. De este modo, las tres categorías representan dimensiones articuladas de un mismo fenómeno de estudio.

Con el objetivo de clarificar las relaciones y distinciones conceptuales de manera más intuitiva, es útil recurrir a la siguiente situación hipotética, imaginemos que la sociedad funciona como un gran club deportivo, bajo este escenario la inclusión equivaldría a la apertura de sus puertas y a la accesibilidad de sus instalaciones a través del subsidio de la totalidad de la cuota para no discriminar. La integración, en cambio, implicaría que ya dentro del club, tanto los integrantes nuevos como antiguos pueden interactuar de igual manera, haciendo que la convivencia sea dinámica. Finalmente, la cohesión social representa el pegamento invisible que mantiene unido a todo el club, siendo el resultado de los dos momentos anteriores, pero enriquecido por un componente subjetivo y político, que ocurre cuando los integrantes no solo interactúan, sino que comparten un profundo sentido de pertenencia, confían en la directiva que administra el lugar y están dispuestos a colaborar voluntariamente, como por ejemplo, si el techo de las instalaciones físicas se daña, debería prevalecer una completa disposición por parte de los integrantes a colaborar en la solución.

De este modo, el club no solo ilustra la mecánica de la cohesión, sino que se convierte en un espacio de creación de capital social, en donde existen grupos que juegan siempre juntos, generando los lazos de identidad (*bonding*); los cuales pueden tener encuentros fortuitos en los pasillos entre socios de distintos entornos que dan vida a los puentes de oportunidad (*bridging*); y el acceso directo a la mesa directiva configura las conexiones institucionales (*linking*). En este proceso, el capital social es el tejido que determina si los miembros de esta comunidad tienen la capacidad de transformar su entorno.

Trasladando el ejemplo al aspecto conceptual, se puede decir que, una política pública puede ser inclusiva al otorgar derechos, pero requiere de procesos comunitarios de integración de actores, que permitan crear, mantener o intensificar el capital social necesario para alcanzar una sociedad genuinamente cohesionada.

Llevar esta metáfora al terreno metodológico revela por qué la confusión de tér-

minos genera que algunos estudios fallen en sus diagnósticos y en la evaluación de la cohesión social. Lo anterior puede presentarse porque en el estudio se emplean variables de inclusión (como el ingreso o el acceso a la salud) y se olvida que estas solo reflejan el marco material de una sociedad. Tampoco basta con medir la integración a través del nivel de asociación o la fuerza de las redes vecinales, ya que ese enfoque relacional ignora el lazo vertical con el Estado a través de la legitimidad política y la confianza pública. En definitiva, una operacionalización acertada de la cohesión social exige aceptar que tanto lo inclusivo como lo integrado son componentes interconectados, pero insuficientes si se analizan de manera aislada.

1.3.4. Solidaridad, pertenencia y tejido social

La solidaridad, el sentido de pertenencia y el tejido social constituyen la arquitectura viva de las relaciones humanas, y aunque, tienden a ser separados por facilidad analítica, en la práctica operan como procesos interconectados para explicar las razones por las cuales se mantiene unida una comunidad y cómo se regeneran sus lazos cotidianos. Podría decirse que la solidaridad encarna la voluntad de actuar en favor del otro; el sentido de pertenencia es la identificación afectiva con un destino común; y el tejido social representa el conjunto de redes donde se concretan esas voluntades, facilitando la cooperación y el reconocimiento mutuo (Ottone, 2007; Chatterjee *et al.*, 2023).

Históricamente, la solidaridad ha sido la base para la construcción moderna de cohesión social. Como ya hemos comentado, la obra de Émile Durkheim estableció el punto disruptivo al demostrar que cualquier comunidad se mantiene gracias a los mecanismos capaces de articular a los individuos por encima de sus intereses particulares. En este sentido, se pone de manifiesto que en las sociedades tradicionales los vínculos sociales dependían prácticamente de las creencias, costumbres y modos de vida, este tipo de vínculos corresponden a la solidaridad mecánica; sin embargo, a medida que la división social del trabajo exigió una mayor especialización y diferenciación, la cohesión dejó de explicarse por las características compartidas de los individuos para encontrar explicación en la interdependencia mutua; a esta innovación analítica el sociólogo francés la denomino como solidaridad orgánica (Villegas-Olivar & Rivera-García, 2025).

La importancia de esta distinción permite dimensionar que la cohesión social no surge exclusivamente de la identidad común entre individuos, sino que adicionalmente hay que reconocer que el bienestar, en gran parte, también se explica por la interdependencia entre los individuos. En esta perspectiva, la solidaridad ya no se entiende solamente como un valor moral, sino que ahora representa un mecanismo que establece las condiciones para la acción colectiva y fortalecimiento de la capacidad de las sociedades

para enfrentar problemas comunes. De esta manera, la solidaridad considera conductas altruistas y normas de reciprocidad para fortalecer los vínculos permanentes de apoyo mutuo, cooperación y corresponsabilidad (Ottone, 2007).

Además de la interdependencia económica o funcional, la teoría social analiza lo complejo de esta perspectiva, esto es, considerando la acción comunicativa de Habermas (2010), se planteó que la solidaridad también puede surgir de los procesos deliberativos, es decir, en procesos alineados al entendimiento mutuo y al reconocimiento entre ciudadanos. Los vínculos sociales, por tanto, no se limitan a estructuras heredadas o a dinámicas de intercambio, sino que emergen de la capacidad para generar consensos legítimos mediante la palabra y la participación democrática (Villegas-Olivar & Rivera-García, 2025). Este planteamiento es muy importante hoy en día, ya que actualmente las sociedades se encuentran marcadas por una profunda diversidad cultural y política, por lo que la cohesión ya no puede depender de la homogeneidad, sino de la madurez para gestionar las diferencias en espacios de diálogo y en instituciones legítimas.

Aunque la solidaridad es un motor de la cohesión social, no es suficiente, porque se requiere de un segundo engranaje, es decir, se necesita incorporar el sentido de pertenencia. Hablar de pertenencia, es hablar de la forma en como los individuos se asumen como parte de una comunidad, abrazan un proyecto colectivo y tejen lazos afectivos con su espacio social. La distinción es clara: mientras la solidaridad pone el acento en la acción hacia los demás, la pertenencia aporta la dimensión identitaria, esa conciencia de integrar un "nosotros" que desborda las ambiciones particulares (Cantard, 2011) y permite crear resistencias colectivas frente a los procesos de fragmentación social.

La estabilidad de las relaciones sociales descansa, en gran medida, sobre la solidez del sentido de pertenencia. Percibirse como un miembro valorado y reconocido por la comunidad, activa de inmediato el deseo de colaborar, participar en la vida colectiva y respetar las normas compartidas. Por el contrario, la persistencia de exclusión, racismo y marginación deterioran el vínculo identitario, así como la confianza, tanto en la comunidad como en las instituciones, favoreciendo procesos de descomposición y fragmentación del tejido social (Cantard, 2011; Maldonado *et al.*, 2021).

A partir de la operacionalización del concepto vamos a explicar el por qué la "pertenencia" se ha convertido en el núcleo de los marcos internacionales para la evaluación, ejemplo de ello son los indicadores propuestos por la CEPAL, la ONU y diversas aplicaciones empíricas que han considerado las dimensiones de la legitimidad institucional, la participación ciudadana y el reconocimiento de la pluralidad. A partir de estos estudios se reconoce que a partir del establecimiento del compromiso hacia el bien común se puede dar la cooperación, la resolución de conflictos y la sostenibilidad de los proyectos de lar-

go plazo (CEPAL-ONU, 2007; Maldonado *et al.*, 2021; United Nations, 2023)

La relación entre solidaridad y pertenencia configura lo que comúnmente se denomina tejido social. No es una categoría aislada, su consideración en el análisis de la cohesión social funciona como metáfora de la densidad, la calidad y la firmeza de las relaciones en una comunidad. El grado de consolidación depende de la capacidad de establecimiento de vínculos entre las personas, familias e instituciones a través de pautas de confianza, reciprocidad y apoyo mutuo. Cuando el tejido social es más sólido, significa que las relaciones vinculantes establecidos han alcanzado una madurez necesaria para normalizar la cooperación y encarar, de manera colectiva, las perturbaciones económicas y sociales externas (Chatterjee *et al.*, 2023).

En este sentido, el tejido social se relaciona con la resiliencia debido a que las comunidades enfrentan crisis macroeconómicas, catástrofes naturales o emergencias sanitarias, pero al contar con entramados relacionales densos, tienen mecanismos de amortiguación de impactos, porque movilizan con mayor agilidad recursos informales, democratizan la información y activan la ayuda recíproca (Chatterjee *et al.*, 2023; Leong *et al.*, 2025). Pese a todo lo planteado hasta el momento, la teoría social establece un matiz importante, al señalar que, un tejido local robusto no se traduce linealmente en *cohesión societal*, ya que pueden existir dinámicas internas entre grupos de alto nivel de solidaridad interna, pero que, al mismo tiempo, presenta una fuerte hostilidad hacia los "otros", incluyendo las instituciones.

Es así como la cohesión social es mucho más ambiciosa, no solo mide la fuerza de los lazos comunitarios, sino también, las condiciones institucionales, la igualdad de oportunidades, la legitimidad política y la capacidad de absorber la diversidad dentro de un destino común. Podríamos decir que el tejido social es la fotografía concreta de la calidad de los vínculos en el territorio, mientras que la cohesión social es el marco macro que conecta esa calidez comunitaria con las estructuras políticas, normativas y económicas del Estado (Fonseca *et al.*, 2019; Moustakas, 2023).

Para ilustrar esta distinción conceptual, consideremos el escenario de un desastre natural, en donde se presenta una respuesta inmediata de organización entre los habitantes, mostrando un fuerte tejido social en el territorio. Para salir más rápidamente de la emergencia, el escenario se complementa con una intervención del Estado a través de la asignación de subsidios (justicia económica) y acceso universal a refugios (inclusión social), esta intervención tiene principios de operación claramente establecidas y está sujeta a un marco legal más amplio (legitimidad regulatoria). De este modo, la cohesión social se consolida no solo por la salud de los lazos internos, sino por la capacidad del sistema para integrar el capital social con el orden público.

Al relacionarse de manera conjuntamente los conceptos de solidaridad, pertenencia y tejido social, se podrá entender cómo los vínculos comunes pueden generar estabilidad y transformarse en fuerza colectiva. El primer concepto impulsa la acción compartida y el segundo afianza la identidad, mientras que el tejido social materializa esos lazos en una red comunitaria. Todos los conceptos tratados aquí no sustituyen el concepto de cohesión social; representan las formas que la hacen observable en la sociedad. La cohesión social va más allá de la suma de estos componentes al incorporar las garantías institucionales, territoriales y de equidad que aseguran que los vínculos establecidos no resulten exclusivamente de la buena voluntad, sino que sean útiles para un desarrollo sostenible.

1.4. Operacionalización de la cohesión social

Después de analizar la delimitación conceptual de la cohesión social, ahora el reto es de carácter metodológico derivado de la operacionalización del constructo complejo de la cohesión social. Por su naturaleza multidimensional, multinivel y dinámica, la cohesión social no es resultado inmediato de mediciones directas. La única vía para aproximarse al fenómeno es a través de indicadores que capturen las diferentes manifestaciones, para ello, es necesario la implementación de una estrategia de medición, con el riesgo que esto implica de asumir una simplificación analítica y cuya validez estará en función de la solidez teórica que la respalde (Riazi *et al*., 2026; Tok *et al*., 2024).

Operacionalizar el concepto de cohesión social implica transitar de la abstracción conceptual a la consideración de dimensiones tangibles y observables mediante indicadores empíricos. Este proceso comprende la selección de variables preexistentes en un repositorio de datos, además de una selección rigurosa de los componentes que mejor articulan la definición adoptada. Para ello, debemos estructurar relaciones lógicas y vinculantes entre el constructo teórico, las dimensiones analíticas y las métricas finales (Moustakas, 2023; United Nations, 2023).

Hay que recordar que no se parte de un modelo universal para medir la cohesión social, en este sentido, algunas investigaciones le darán prioridad a las condiciones estructurales que favorecen la integración social, otras, darán mayor peso a las relaciones de confianza, la participación comunitaria o la legitimidad institucional. Así que la selección de dimensiones estará en función del objetivo de la investigación y el contexto (territorial, político y cultural) en el que se pretende medir la cohesión social (Tok *et al.*, 2024; Mainlehwon, 2025).

Independientemente de la diversidad conceptual, en la literatura científica se iden-

tifican dos grandes enfoques metodológicos para su medición. El primero de ellos, es de carácter estructural e institucional, aborda el constructo a partir de indicadores objetivos vinculados a las condiciones materiales que propician la integración de los miembros de la colectividad; se consideran variables como la desigualdad, la pobreza, el empleo, la educación, la salud y el acceso a los servicios públicos. En esta perspectiva, la cohesión se mide a partir del resultado directo de un contexto institucional capaz de garantizar oportunidades equitativas y de mitigar los procesos de exclusión social (Haro-Álvarez & Vázquez-Vázquez, 2017; Maldonado *et al.*, 2021).

El segundo enfoque es el relacional, donde el núcleo analítico se refiere a la naturaleza y calidad de los vínculos establecidos por los individuos y grupos colectivos. En esta aproximación analítica, se considera el uso de indicadores que miden la confianza interpersonal e institucional, las redes de apoyo mutuo, la cooperación, la participación comunitaria, el sentido de pertenencia, la reciprocidad y la gestión colectiva de conflictos. Se asume entonces que la cohesión social se concreta a partir de las interacciones comunes que expresan la acción coordinada y la construcción de proyectos compartidos; en este sentido, su contrastación empírica corresponde más a datos derivados de encuestas de percepción y comportamiento social (Fonseca *et al.*, 2019; Quiroga-Juárez & Villafuerte-Valdés, 2022).

En la literatura especializada se identificó que la tendencia es hacia enfoques integradores que consideran simultáneamente los indicadores estructurales y relacionales, es decir, se incluye las condiciones materiales y los vínculos sociales como procesos en permanente interacción recíproca. De esta manera, las instituciones propician la confianza y los niveles de cooperación social permiten la implementación de políticas públicas. La finalidad es comprender que la cohesión social exige analizar condiciones objetivas que configuran las oportunidades de interacción y condiciones subjetivas, donde las percepciones y comportamientos permiten establecer relaciones sociales efectivas (Maldonado et al., 2021; Riazi *et al.*, 2026).

Estos enfoques de operacionalización ofrecen diversas formas de medición de la cohesión social, aunque también en la literatura se distingue entre indicadores objetivos y subjetivos; sin embargo, esta clasificación no responde a la naturaleza intrínseca de los datos, sino a diversas aproximaciones conceptuales del fenómeno de estudio. Los indicadores objetivos describen condiciones estructurales que se observan en un entorno sociodemográfico, como la distribución del ingreso, la cobertura educativa o la participación laboral; los subjetivos capturan las dimensiones de percepción individual a partir de la confianza, el sentido de pertenencia, la satisfacción institucional y la disposición hacia la cooperación (Ottone, 2007; Riazi *et al.*, 2026).

En la literatura revisada se comenta que históricamente ambas aproximaciones fueron metodologías excluyentes; sin embargo, la evidencia empírica también demuestra que cada enfoque captura dimensiones diferenciadas y complementarias del objeto de estudio. No se trata de privilegiar alguno de estos enfoques porque puede inducir a sesgos o interpretaciones parciales de la cohesión social, sobre todo en sociedades donde las mejoras de carácter estructural no se traducen en forma automática en mayores niveles de confianza, o bien, en comunidades donde las carencias materiales mantienen redes de cohesión notablemente sólidas (Castillo *et al.*, 2022; Haro-Álvarez & Vázquez-Vázquez, 2017).

Las diferencias teóricas también concretan las estrategias metodológicas utilizadas para simplificar la información, la literatura plantea la construcción de índices sintéticos, integrando múltiples dimensiones a través de técnicas estadísticas como el análisis factorial, el modelado multinivel o métodos de agregación ponderada. Estas estrategias ayudan a realizar un análisis de comparación interterritorial y también permiten comprender un fenómeno complejo en una métrica unidimensional, sin embargo, esto nos conduce a importantes limitaciones analíticas, dado que el proceso de agregación puede opacar comportamientos divergentes entre las dimensiones y no observar la identificación de los mecanismos específicos que configuran la dinámica de la cohesión social (Tok *et al.*, 2024; United Nations, 2023).

Esta es la razón de utilizar complementariamente los índices sintéticos con *tableros de indicadores*, un análisis de redes sociales con metodologías mixtas para conservar la riqueza analítica de las distintas dimensiones, sin necesidad de concretar una simple medida agregada (Chatterjee *et al.*, 2023; Maldonado *et al.*, 2021). De manera reciente, algunas investigaciones han comenzado a incorporar modelos bayesianos y enfoques multivariados capaces de representar las relaciones dinámicas de los diferentes componentes de la cohesión social, reconociendo la interactúan simultánea y la dificultad de interpretación a partir de relaciones lineales simples (Tok *et al.*, 2024).

En síntesis, al revisar la literatura especializada podemos concluir que no existe una estrategia metodológica ampliamente aceptada para la medición de la cohesión social. Por el contrario, la adopción de cualquier propuesta metodológica está sujeta a la consistencia lógica entre el constructo conceptual adoptado, las dimensiones analíticas consideradas, las métricas empleadas y el contexto en el que se desarrolla investigación. En este sentido, la medición de la cohesión social implica más que la construcción de un índice; constituye un desafío por representar empíricamente un fenómeno de naturaleza multidimensional, esto es, tiene la exigencia de articular sinérgicamente las condiciones estructurales, las percepciones subjetivas y la calidad de los vínculos relacionales que constituyen a la sociedad.

Hasta este punto, se asume que la operacionalización de la cohesión social está en línea directa con la delimitación conceptual expuesta ya en los apartados precedentes. De esta manera, la selección de las dimensiones e indicadores está en función de la disponibilidad de la información estadística, además del interés por capturar las dinámicas relacionales y las redes que se establecen entre individuos, comunidades e instituciones. En el contexto territorial mexicano se demanda incorporar explícitamente la expresión regional dada la heterogeneidad del territorio en su expresión cultural, social y económico. El apunte fino de su operacionalización aparece en el apartado metodológico correspondiente.

1.5. Relevancia contemporánea y desafíos de la cohesión social

La relevancia del constructo de la cohesión social en las últimas décadas corresponde al desarrollo de nuevas perspectivas teóricas y a profundas transformaciones estructurales experimentado por las sociedades contemporáneas. Fenómenos como la ampliación de brechas sociales, la intensificación de los procesos migratorios, la movilidad demográfica hacia cohortes de mayor edad, las innovaciones en la tecnología digital, la polarización política, el cambio climático y la crisis de salud han modificado profundamente la formas en que las personas se relacionan entre sí y con las instituciones. En este escenario, la cohesión social ya no se concibe como una aspiración normativa, sino como una condición estratégica para incidir en la estabilidad democrática, al bienestar común y a la resiliencia de las sociedades para responder estratégicamente a desafíos cada vez más complejos (Leong *et al.*, 2025; United Nations, 2023).

En la literatura revisada se identificó que uno de los recientes aportes es reconocer que las crisis no solo afectan a la dimensión social, por el contrario, simultáneamente producen efectos sobre las condiciones económicas, los vínculos comunitarios, la confianza institucional y la percepción de seguridad, generando procesos de fragmentación que no se pueden comprender exclusivamente con indicadores económicos. Este proceso ha marginado el interés exclusivo por el crecimiento económico como principal factor para evaluar el desarrollo, ahora cobra relevancia los enfoques que consideran a la calidad de las relaciones sociales, la legitimidad institucional y la capacidad de la acción colectiva como elementos centrales del bienestar social (Moustakas, 2023; Riazi *et al.*, 2026).

La reciente crisis sanitaria fue uno de los claros ejemplos de esta transformación. Más allá de sus efectos en salud y económicos, la emergencia puso en evidencia la capacidad de las comunidades para enfrentar situaciones críticas. Los efectos positivos se explicaron en buena parte por la existencia de redes de apoyo, niveles adecuados de confianza horizontal y vertical, mecanismos de cooperación y sistemas públicos capaces

de generar respuestas coordinadas. Se ha documentado que las sociedades con mayores niveles de confianza y participación comunitaria fueron las que presentaron las mejores condiciones para implementar medidas colectivas, como la protección de grupos más vulnerables, de esta manera, la recuperación fue con mayor rapidez gracias a sus dinámicas sociales (Chatterjee *et al.*, 2023; Leong *et al.*, 2025). Por esta razón, la cohesión social dejó de entenderse como un atributo deseable para convertirse en un recurso estratégico para fortalecer la resiliencia social frente a escenarios de incertidumbre.

Por otra parte, las transformaciones contemporáneas también han expresado el riesgo en la cohesión social, como la intensificación de las redes digitales y los sistemas de comunicación que amplían las posibilidades de interacción, a la par que han favorecido procesos de polarización, desinformación y segmentación social, debilitando así la confianza pública y la construcción de consensos colectivos. Paralelamente, el incremento de las desigualdades económicas y territoriales limitan las oportunidades de participación de diferentes sectores de la población, además, el debilitamiento de la confianza en las instituciones democráticas constituye un desafío para la gobernanza contemporánea (United Nations, 2023; Mainlehwon, 2025).

Además de estos desafíos, hay que considerar la creciente heterogeneidad de las sociedades actuales que resultan de procesos de urbanización, movilidad humana y diversificación cultural, esos procesos impactan profundamente la composición social en los territorios y exige construir formas de convivencia que integre identidades, valores e intereses cada vez más diversos. De tal manera que, la cohesión social ya no se puede explicar por la homogeneidad cultural o contextos históricos, como ocurría en la interpretación clásica de Durkheim. Al contrario, la robustes del constructo depende de la capacidad de las instituciones y de la sociedad para generar condiciones de reconocimiento mutuo, garantizar la igualdad de oportunidades y promover espacios de interacción, donde la pluralidad sea un recurso para la cooperación antes que una fuente de conflicto (Aruqaj, 2023; Riazi *et al.*, 2026).

Las aportaciones empíricas recientes también han contribuido a una mayor comprensión de la cohesión social mostrando que sus beneficios van más allá del ámbito estrictamente relacional. Diversos estudios han documentado la relación positiva entre mayores niveles de cohesión y mejores resultados en salud física y mental, bienestar subjetivo, participación cívica, seguridad comunitaria, desempeño institucional e incluso resiliencia frente a desastres naturales y crisis económicas (Horsham *et al.*, 2024; Leong *et al.*, 2025). Aunque estos efectos no deben interpretarse necesariamente como causales, sobre todo cuando la calidad de los vínculos sociales representa un recurso colectivo capaz de potenciar múltiples dimensiones del desarrollo humano.

La mayor evidencia empírica sustenta un cambio significativo en la forma en que gobiernos y organismos internacionales incorporan la cohesión social en el diseño de políticas públicas. Esto es, en décadas anteriores predominó una visión orientada a reducir las desigualdades económicas, ahora las estrategias de intervención reconocen que para fortalecer la cohesión se requiere de actuar simultáneamente sobre dimensiones estructurales, institucionales y relacionales. En consecuencia, las políticas universales resultan insuficientes si no logran fortalecer la confianza ciudadana, la participación social y la percepción de instituciones como legítimas y eficaces (United Nations, 2023; Tok *et al.*, 2024).

En resumen, las discusiones expresadas en este capítulo muestran que la cohesión social ha evolucionado desde una explicación centrada en la solidaridad hacia un constructo complejo que comprende a procesos relacionales, institucionales y estructurales que operan paralelamente y en diferentes escalas. También se ha demostrado que ninguna estrategia de medición logra capturar a la totalidad del fenómeno, de tal manera que toda aproximación empírica requiere delimitar con claridad la dimensión analizada y justificar conceptualmente la selección de sus indicadores.

Capítulo 2

Dimensiones de la cohesión social

2.1. Síntesis conceptual de las dimensiones constitutivas de la cohesión social

La búsqueda por encontrar estrategias de solución a la desigualdad social y la eliminación de la pobreza ha llevado a la incorporación de todos aquellos temas que marcan incidencia en el deterioro del bienestar de las personas, considerando que su condición no es exclusiva de un conjunto de acciones individuales, sino van más allá de su propio entorno; de ahí la aparición de la cohesión social como constructo multidimensional, en el cual, por su propia naturaleza incorpora características particulares, distinguiendo factores influyentes y formas de medición adaptadas al contexto, donde se abordan mecanismos de vinculación entre personas, comunidades e instituciones. La identificación de los componentes que dan origen a la solidez de la cohesión social y sus múltiples dinámicas que reproducen los vínculos sociales, exigen una desagregación analítica (Moustakas, 2023; Riazi *et al.,* 2026).

Los distintos conceptos empleados en las ciencias sociales y su evolución analítica, han hecho emerger categorías como la cohesión social, sin ser medible de forma directa, requiriendo para ello, la implementación de sistemas de dimensiones capaces de operar de forma complementaria, a fin de conectar la evidencia empírica con la teoría, en donde existe una fragmentación de la cohesión social, aceptando que los resultados particulares o por separado no son reflejos fieles del fenómeno en su totalidad (United Nations, 2023; Tok *et al.*, 2024).

La implementación y delimitación de las dimensiones en la cohesión social, requiere de la separación objetiva de factores analizables que son utilizados en el proceso de medición, agrupando elementos coincidentes con aspectos específicos de la propia cohesión social, como son los vínculos sociales, las condiciones de integración o la confianza institucional.

Es importante señalar que cada dimensión puede contener subdimensiones, enfocadas a entender de manera mucho más clara y precisa los procesos involucrados reflejados en indicadores y variables observables, provenientes de técnicas de recolección de datos e información como son, las encuestas o los censos (Riazi *et al.*, 2026), todo con la finalidad de alcanzar una alineación congruente entre la operacionalización de los datos

y la fundamentación teórica.

Las delimitaciones de las dimensiones de la cohesión social no es un asunto general, sino que responde al conjunto de conocimientos y objetivos particulares del estudio, por lo tanto, dos investigaciones pueden partir de una misma definición genérica del concepto en un sentido abstracto, pero con objetivos, contextos y espacios territoriales distintos, mostrando con ello la riqueza de conocimiento que se puede obtener de manera simultánea, aceptando que una estrategia de medición no depende de la cantidad de dimensiones que se incorporen, sino de las estructuras y, simultáneamente, pone de manifiesto que la validez de una estrategia de medición no está en función del volumen de dimensiones incorporadas, sino de la estructuración y congruencia entre la teoría, los objetivos de la investigación y sus técnicas de medición establecidas (Moustakas, 2023; Mainlehwon, 2025).

Por lo anterior, la evolución en los estudios de la cohesión social, no se encuentra en función de un aumento indefinido de sus dimensiones, sino se enfoca a la capacidad de explicar el fenómeno considerando todos sus elementos que se encuentran presentes y sus particularidades, lo que significa responder el cuestionamiento científico que le da origen a la investigación.

En este sentido, se revisan los principales enfoques de las dimensiones de la cohesión social, tratando de observar los puntos de coincidencia que se presentan entre ellos.

2.2. La construcción dimensional de la cohesión social

Las dimensiones de la cohesión social no se determinadas bajo un solo criterio, ni mucho menos se establece de forma generalizada, toda vez que su naturaleza obliga a la incorporación de elementos que verdaderamente sean representativos del fenómeno, que en sí mismo es complejo y heterogéneo, por lo tanto, emerge el desafío de estructurar dimensiones acordes a la realidad estudiada, considerando los principios teóricos que le dan origen a la cohesión social.

Al revisar la literatura observamos que la cohesión social se ve expuesta a las estructuras visibles que se presentan en las interrelaciones existentes entre individuos, comunidades e instituciones, sin embargo, persisten divergencias entre sus diversos componentes participantes, llevando a distintos niveles de profundización analítica y alcances explicativos de la realidad. En este sentido, las diferencias entre los modelos están centradas en la clasificación, agrupación y jerarquización de los factores contemplados, más allá de los elementos considerados importantes en el análisis del fenómeno de cohesión social.

En este sentido, uno de los primeros acercamientos que incorporaron las dimensiones a la cohesión social desde la perspectiva de la política pública es el de Jenson (1998), quien agrupa factores contrapuestos de unión social frente a elementos de división como son: 1) la pertenencia contra el aislamiento; 2) la inclusión contra la exclusión; 3) la participación contra la pasividad; 4) el reconocimiento contra el rechazo y 5) la legitimidad contra la ilegitimidad, todas ellas adaptadas a las características regionales, con componentes e indicadores para su medición, enriquecido por el mismo Jenson (2010) en su obra de definición sobre la cohesión social. Posteriormente, con un sentido dialéctico el autor Bernard (1999) incluye una sexta dimensión, que es precisamente la desigualdad, con base a distinguir ámbitos de participación social agrupados en lo económico, lo político y lo sociocultural.

Lo anterior, evidencia que la cohesión social no está condicionada solo a los aspectos subjetivos de los individuos, comunidades e instituciones, sino trasciende a condiciones estructurales plasmadas en la participación social.

En el Sistema Europeo de Indicadores Sociales (EuReporting), con un marco conceptual llevan a cabo una reconfiguración a solo dos dimensiones fundamentales: la objetiva y la subjetiva, la primera está dirigida a observar y evaluar las acciones de las instituciones públicas traducidas en el bienestar de la población a través de sus mecanismos de acción, en tanto que la segunda, se centra a la percepción de los ciudadanos al interior de una comunidad, tomando en cuenta los comportamientos y valoraciones (Berger-Schmitt & Noll, 2000). Por lo tanto, las dimensiones objetivas se enfocan a la visibilización del bienestar social junto con las acciones institucionales, en tanto que las dimensiones subjetivas se centran en la percpeción y valoración de los individuos inmersos en una comunidad.

No obstante, a lo anterior, surge un modelo con énfasis en la articulación del tejido social, contraponiéndose a los elementos estructurales, descrito por Chan *et al.* (2006) y organizado por Grimalda y Tänzler (2018), en donde las dimensiones se estructuran con base a una condición bidireccional de las relaciones entre los individuos. Bajo esta lógica, se configuran dos grandes ejes, el primero, el horizontal, concerniente a los vínculos interindividuales e intergrupales, operacionalizados a través de la confianza interpersonal, la cooperación, la reciprocidad y el sentido de pertenencia; y el segundo denominado vertical, adscrito a la interacción entre la ciudadanía y las instituciones, donde adquieren centralidad la confianza institucional, la legitimidad de la autoridad, la participación política y la equidad procedimental percibida. A esta matriz taxonómica se superpone, además, la distinción entre componentes objetivos y subjetivos, lo que permite advertir que una misma dimensión relacional posee el potencial de manifestarse tanto en compor-

tamientos empíricamente observables como en percepciones subjetivas (Véase Tabla 1)

Tabla 1

Dimensiones y componentes de la cohesión social

Componentes / Dimensiones	Componente subjetivo	Componente objetivo
Dimensión horizontal	• Confianza general en otros ciudadanos • Disposición a cooperar y ayudar a otros ciudadanos. • Identificación y sentido de pertenencia. • Aceptación de la diversidad	• Afiliación a asociaciones, sindicatos, clubes, etc. • Trabajo comunitario, donaciones • Respeto por las normas sociales
Dimensión vertical	• Confianza en las instituciones • Confianza en lideres y figuras públicas • Percepción de imparcialidad	• Participación cívica y política

Nota. Elaboración propia tomada de Grimalda & Tanzler (2018).

Esta taxonomía dimensional ha tenido una creciente aceptación, dado que viabiliza la integración de diferentes escalas de interacción social sin diluir la naturaleza esencialmente relacional de la cohesión. Al respecto, Chatterjee *et al.* (2023) destacan que los vínculos de unión (bonding), puente (bridging) y enlace (linking) representan expresiones complementarias de dichos entramados, cuya identificación analítica se encuentra supeditada tanto a la delimitación teórica adoptada como a las especificidades del escenario de investigación. Lo anterior deja en claro que las dimensiones no pueden ser consideradas como categorías fijas, toda vez que la cohesión social se construye a partir de acciones simultáneas de forma intergrupal e intragrupal, ambas en combinación con las estructuras institucionales que prevalecen.

En algunas escuelas europeas existe una tendencia de separar las dimensiones de la cohesión social de sus factores determinantes y sus resultados que ofrecen, como lo señaló Schiefer *et al* (2016), ocasionando nuevos marcos europeos de indicadores, tal como lo presenta Riazi A. *et al* (2026) con una multidimensionalidad de la cohesión social y estructuras multifacéticas.

En este sentido, el Instituto Alemán de Desarrollo y Sostenibilidad (IDOS), retoma la definición de Chan *et al.* (2006) respecto a la cohesión social con las dimensiones horizontal y vertical incorporando una tercera dimensión, que opera paralelamente en los dos anteriores, identificada como componentes transversales, contemplando la confianza, el sentido de pertenencia y la orientación hacia el bien común. De hecho IDOS, a través de Burchi *et al* (2026), propuso la medición de la cohesión social con base a esas tres dimensiones que las considera atributos, adaptadas en identidad exclusiva, confianza y cooperación común.

El modelo integral de Schiefer *et al.* (2016) hace una diferenciación entre las dimensiones de la cohesión social, los factores que dan origen y sus consecuencias externas, por lo tanto, se evita el análisis entre las causas y las realidades empíricas del fenómeno, característica aportada por Riazi *et al*. (2026), por lo tanto, es un modelo con una estructura multifacética de dimensiones interdependientes que operan concurrentemente y cuya configuración específica está fuertemente anclada al contexto social de referencia.

En conjunto, este recorrido analítico devela que la organización conceptual de las dimensiones ha evolucionado desde esquemas sectoriales orientados a la intervención, hacia modelos sistémicos que priorizan la naturaleza de los vínculos sociales y la retroalimentación entre distintos niveles de análisis. No obstante, esta trayectoria no supone un reemplazo lineal de las taxonomías precedentes; por el contrario, estas convergen en un núcleo conceptual compartido y divergen en la ordenación de componentes que resultan sustancialmente complementarios. En consecuencia, antes que interpretar esta pluralidad de modelos como una fragmentación teórica o ausencia de consenso, debe entenderse como el resultado de diversas estrategias analíticas orientadas a cartografiar un mismo fenómeno desde coordenadas disciplinares y contextuales diferenciadas. Es precisamente esta convergencia la que constituye el punto de partida metodológico para delimitar, en los apartados subsecuentes, los dominios analíticos cardinales que estructuran la cohesión social y que fundamentan la selección dimensional implementada en la presente investigación.

2.3. Organización y articulación de las dimensiones de la cohesión social

La revisión de los principales modelos dimensionales permite advertir que las divergencias entre las distintas propuestas obedecen, fundamentalmente, a los criterios utilizados para organizar analíticamente la cohesión social, más que a desacuerdos sustanciales respecto a los elementos que la conforman. Aunque cada autor enfatiza componentes particulares de acuerdo con su tradición disciplinaria, sus objetivos analíticos o el contexto territorial de aplicación, existe una notable convergencia en torno a un conjunto relativamente estable de procesos sociales asociados con la construcción, el mantenimiento y la reproducción de los vínculos que articulan a la sociedad. En este sentido, la diversidad de modelos puede interpretarse como diferentes formas de organizar un mismo fenómeno y no como aproximaciones conceptualmente incompatibles.

Desde esta perspectiva, las contribuciones de Jenson (1998, 2010), Bernard (1999), Berger-Schmitt y Noll (2000), Chan *et al.* (2006), la CEPAL-ONU (2007), la OECD (2011), el CONEVAL (2009), Schiefer *et al.* (2016), Grimalda y Tänzler (2018), Chatterjee *et al.* (2023), Burchi *et al (2026).* y Riazi *et al.* (2026) permiten identificar dos

grandes dimensiones constitutivas de la cohesión social que aparecen de manera recurrente en la literatura, por una parte, la dimensión relacional y la dimensión institucional. Paralelamente, estos mismos trabajos reconocen que ambas se encuentran condicionadas por un conjunto de factores estructurales como la pobreza, la desigualdad, el empleo, la educación o las condiciones territoriales que influyen sobre la forma en que los vínculos sociales se desarrollan, aunque no necesariamente forman parte del constructo que se pretende medir.

La dimensión relacional constituye el núcleo más ampliamente compartido por las distintas aproximaciones teóricas, en esta convergen categorías tradicionalmente asociadas con la confianza interpersonal, las redes de apoyo, la cooperación, la reciprocidad, el sentido de pertenencia, la solidaridad y la participación comunitaria. Independientemente de que estas sean denominadas relaciones horizontales, capital social, cohesión comunitaria o vínculos sociales. La mayoría de los autores coincide en que la cohesión social se manifiesta, en primera instancia, mediante la capacidad de los individuos y los grupos para establecer relaciones estables de colaboración, reconocimiento mutuo y acción colectiva. Esta dimensión representa, por tanto, la expresión más inmediata de la cohesión social en la vida cotidiana de las comunidades.

Por otra parte, la dimensión institucional incorpora las relaciones que la ciudadanía establece con las estructuras formales de organización social, en esta dimensión se agrupan componentes como la confianza en las instituciones, la legitimidad de las autoridades, la participación política, la percepción de imparcialidad, la eficacia gubernamental y los mecanismos de inclusión democrática. A diferencia de la dimensión relacional, cuyo énfasis recae en los vínculos horizontales entre individuos y comunidades, esta perspectiva reconoce que la cohesión social también depende de la capacidad de las instituciones para generar confianza, garantizar derechos y fortalecer la gobernanza. Diversos modelos internacionales, particularmente los desarrollados por Chan *et al.* (2006), Grimalda y Tänzler (2018) e IDOS, consideran que ambas dimensiones operan de manera complementaria y que su interacción explica una parte importante de la estabilidad de los sistemas sociales.

Junto a estas dimensiones constitutivas, la literatura incorpora de manera recurrente un conjunto de condiciones estructurales que, sin representar necesariamente dimensiones de la cohesión social, configuran el contexto donde esta se desarrolla. En este ámbito se ubican variables como la pobreza, la desigualdad económica, el empleo, la educación, la protección social, la movilidad social o las características territoriales, ampliamente utilizadas por organismos como la CEPAL (2007), la OECD (2011) y el CONEVAL (2009). Estos enfoques parten del supuesto de que las oportunidades para construir relaciones de confianza, cooperación e integración no son independientes de las condiciones materiales de la sociedad, sino que se encuen-

tran profundamente influenciadas por ellas. A manera de referencia conceptual, en la Tabla 2 se presenta un ejemplo de organización de las dimensiones, los componentes y los indicadores retomados del planteamiento de la CEPAL-ONU (2007), pero debe señalarse que su inclusión tiene un propósito exclusivamente ilustrativo y no corresponde a la operacionalización desarrollada en los capítulos empíricos de esta obra.

Tabla 2

Dimensiones y componentes de la cohesión social según la CEPAL

Dimensiones	Subdimensión	Indicadores
Dimensión material	• Bienestar material	• Índice de Gini • Tasa de pobreza • Acceso a canasta básica
	• Mercado laboral y protección al empleo	• Tasa de empleo formal • Cobertura de pensiones • Seguro de desempleo
	• Educación	• Promedio de escolaridad • Tasa de alfabetismo
Dimensión política o de institucionalidad	• Confianza social y política	• Índice de satisfacción con la democracia
	• Discriminación y justicia	• Índice de percepción de trato igualitario • Distancia de brechas de género
	• Seguridad	• Tasas de homicidios • Percepción de inseguridad
Dimensión sociocultural o de pertenencia	• Identidad y orgullo de pertenencia social	• Grado de identificación con el territorio • Sentimiento de orgullo
	• Solidaridad y bien común	• Nivel de confianza interpersonal • Grado de apoyo a grupos vulnerables
	• Participación social	• Participación electoral

Nota. Elaboración propia tomada de CEPAL (2007).

La amplitud de estos marcos analíticos pone de relieve lo que advierten Schiefer *et al.* (2016) y Riazi *et al.* (2026), no todos los elementos relacionados con la cohesión social forman parte constitutiva del fenómeno, por lo que uno de los principales desafíos en el estudio de la cohesión social consiste en distinguir entre las dimensiones que integran el constructo y aquellos factores que condicionan su formación o que pueden derivarse de ella. La ausencia de esta distinción ha llevado, en numerosas investigaciones, a incorporar variables estructurales como componentes directos de índices de cohesión social, aun cuando conceptualmente describen condiciones del entorno más que la calidad de los vínculos sociales propiamente dichos.

Bajo esta perspectiva, la presente investigación adopta una delimitación conceptual específica, en donde la cohesión social se operacionaliza exclusivamente a partir de su dimensión relacional, debido a la disponibilidad de información como a la consistencia teórica desarrollada en los apartados precedentes, donde se reconoce que la dimensión relacional constituye uno de los componentes más ampliamente aceptados de la cohesión social.

Ello no implica desconocer la importancia de la dimensión institucional, ni de las condiciones estructurales, por el contrario, estas últimas son incorporadas al análisis como elementos esenciales de la expresión territorial de la cohesión social, examinando su relación con la desigualdad económica, la pobreza, la condición urbano-rural y la configuración regional del país. De esta manera, el estudio distingue explícitamente entre la medición de la cohesión social y el análisis de los factores asociados a su distribución, preservando la coherencia entre el marco conceptual, la estrategia de operacionalización y el diseño empírico de la investigación.

Capítulo 3

Diseño metodológico y estrategia de análisis.

3.1. Diseño de la investigación

El estudio adopta un diseño cuantitativo, observacional, no experimental y transversal. En consecuencia, los análisis permiten identificar diferencias, correlaciones y asociaciones estadísticas entre el índice de cohesión social y las características sociodemográficas, territoriales y económicas consideradas, pero no permiten establecer relaciones causales. Los coeficientes de regresión se interpretan como asociaciones promedio, condicionales a las covariables incluidas en cada modelo. La incorporación de controles estadísticos y del diseño muestral complejo mejora la precisión y representatividad de las estimaciones, pero no elimina la posible influencia de variables omitidas, sesgos de selección, causalidad inversa o confusión residual. Por tanto, la significancia estadística no se considera evidencia suficiente de causalidad.

3.2. Fuentes de información y tamaño de muestra

Las variables empleadas en la construcción del índice se obtuvieron de la ENIGH 2024, la cual emplea un diseño probabilístico, estratificado y por conglomerados, con representatividad nacional, por entidad federativa y para los ámbitos urbano y rural. El diseño muestral incorpora factores de expansión que permiten extrapolar los resultados obtenidos en la muestra hacia la población nacional, preservando la estructura demográfica y territorial del país, por lo que todas las estimaciones descriptivas y los modelos inferenciales desarrollados en esta investigación consideran el diseño complejo de la encuesta, incorporando los factores de expansión, las unidades primarias de muestreo y los estratos, con el propósito de obtener estimaciones insesgadas y errores estándar consistentes. En contraste, el análisis de componentes principales y el análisis factorial exploratorio se estimaron sin ponderaciones muestrales, como se explica en el apartado correspondiente. Los índices obtenidos se analizaron posteriormente mediante estimaciones ponderadas.

La unidad de análisis corresponde a las personas de 12 años o más con información válida en los cinco reactivos de redes sociales utilizados para construir el índice. La muestra analítica quedó integrada por 213,290 personas, representativas de 89,019,970 habitantes, ello implica que se excluyeron 39,237 registros que no presentaban respuesta en ninguno de los reactivos y no se realizaron imputaciones.

De manera complementaria, se construyó una base específica para evaluar el papel de las redes de apoyo relacionadas con el cuidado de niñas y niños, ya que este reactivo únicamente se aplica en hogares donde existen menores de edad, y, por tanto, presenta una elevada proporción de valores perdidos, por lo que su incorporación dentro del índice general habría reducido significativamente la cobertura de la muestra. En consecuencia, este indicador fue excluido de la construcción del índice principal y se utilizó exclusivamente para estimar un índice alternativo aplicado a la submuestra de 35,473 hogares con información completa. Esta estrategia permite explorar si la presencia de menores modifica la intensidad de las redes de apoyo sin comprometer la comparabilidad ni la representatividad del índice general.

Finalmente, se empleó información adicional sobre variables demográficas, económicas y territoriales obtenidas de la ENIGH 2024 para analizar su relación con la cohesión social, lo que permitió comprender su relación con la pobreza, el ingreso, la condición indígena y el área urbano-rural.

3.3. Operacionalización de la cohesión social

Para elaborar el índice de cohesión social se emplearon cinco preguntas de la ENIGH 2024 referentes a la percepción sobre la facilidad de acceso a diferentes redes de apoyo, como la obtención de empleo, cuidado de personas enfermas, obtención de préstamos, acompañamiento al médico y cooperación comunitaria (Véase Tabla 3). La información proporcionada por la ENIGH 2024 fue recodificada en una escala ordinal del 1 al 5, en donde los valores más altos representan mayor facilidad percibida para el acceso a determinada red de apoyo.

A partir de esta información se construyeron tres índices alternativos de cohesión social: 1) Un índice promedio simple (ICS_prom), calculado como una media aritmética; 2) Un índice derivado del análisis de componentes principales (PCA); y 3) Un índice obtenido por el análisis factorial mediante factores principales (AF). Para poder realizar la interpretación y comparación de estos índices se realizó un re-escalamiento transformando sus valores a una escala del 0 a 100, de la siguiente forma:

$$ICS_{100} = \left[\frac{ICS - \min(ICS)}{\max(ICS) - \min(ICS)}\right] * 100$$

Donde: ICS representa el valor original del índice, y min (ICS) y max (ICS) corresponden respectivamente a los valores mínimo y máximo observados en la muestra. En esta nueva escala, los valores cercanos a 0 indican menor cohesión social, mientras que valores cercanos a 100 reflejan mayores niveles de acceso percibido a redes de apoyo.

Tabla 3

Ítems de la ENIGH que integran el índice de cohesión social

Indicador	Variable ENIGH	Pregunta	Medición**
Apoyo para conseguir trabajo	redsoc_1	"¿Cree usted que, si necesitara pedir ayuda para conseguir un trabajo, le sería…?"	1. Imposible conseguirla (8.66%); 2. Difícil conseguirla (44.19%); 3. Ni fácil ni difícil (2.27%); 4. Fácil conseguirla (41.02%); 5. Muy fácil conseguirla (3.87%)
Apoyo en caso de enfermedad	redsoc_2	"¿Cree usted que, si necesitara pedir ayuda para que lo(a) cuiden en una enfermedad, le sería…?"	1. Imposible (2.80 %); 2. Difícil (31.34 %); 3. Ni fácil ni difícil (1.26 %); 4. Fácil (57.86 %); 5. Muy fácil (6.74 %)
Apoyo mediante préstamo de ingresos	redsoc_3	"¿Cree usted que, si necesitara pedirle a alguien la cantidad de dinero que se gana en su hogar en un mes, le sería…?"	1. Imposible (19.00 %); 2. Difícil (57.66 %); 3. Ni fácil ni difícil (1.53 %); 4. Fácil (20.04 %); 5. Muy fácil (1.77 %)
Acompañamiento al médico	redsoc_4	"¿Cree usted que, si necesitara pedir ayuda para que lo(a) acompañen al doctor, le sería…?"	1. Imposible (2.01 %); 2. Difícil (20.92 %); 3. Ni fácil ni difícil (0.79 %); 4. Fácil (67.66 %); 5. Muy fácil (8.62 %)
Cooperación comunitaria	redsoc_5	"¿Cree usted que, si necesitara pedir cooperación para realizar mejoras en su colonia o localidad, le sería…?"	1. Imposible (25.98 %); 2. Difícil (55.44 %); 3. Ni fácil ni difícil (1.75 %); 4. Fácil (15.31 %); 5. Muy fácil (1.52 %)
Apoyo en cuidado de niños*	redsoc_6	"¿Cree usted que, si necesitara pedir ayuda para que cuiden a los(as) niños(as) en este hogar, le sería…?"	1. Imposible (4.99 %); 2. Difícil (36.34 %); 3. Ni fácil ni difícil (1.46 %); 4. Fácil (51.56 %); 5. Muy fácil (5.66 %)

Nota. Elaborado con base en el documento de descripción de la base de datos de la ENIGH 2024 publicado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI.

* Ítem sujeto a valores perdidos en hogares sin presencia de menores.

**Los porcentajes son estimaciones nacionales ponderadas para la población de 12 años o más. En las primeras cinco preguntas se consideraron 213,290 observaciones con información completa, representativas de 89,019,970 personas. La pregunta 6 sobre el cuidado de niños se estimó únicamente entre quienes proporcionaron una respuesta válida, que representan a 36,649,405 personas.

Para estimar el índice de cohesión social promedio para cada persona (i) se empleó la siguiente fórmula:

$$ICS_{prom,i} = \frac{redsoc_{1i} + redsoc_{2i} + redsoc_{3i} + redsoc_{4i} + redsoc_{5i}}{5}$$

Para construir el índice mediante análisis de componentes principales, el procedimiento se estimó sin ponderaciones sobre la matriz de correlaciones de los cinco reactivos. En consecuencia, estos fueron estandarizados y el primer componente (PC1) se calculó de la siguiente manera:

$$PC1_i = 0.42009Z(redsoc_{1i}) + 0.527409Z(redsoc_{2i}) + 0.427625Z(redsoc_{3i}) + 0.509593Z(redsoc_{4i}) + 0.310001Z(redsoc_{5i})$$

Donde los coeficientes expresan la contribución estadística de cada reactivo a la combinación lineal y no una jerarquización de su importancia social. La letra Z representa la transformación estandarizada de cada reactivo:

$$Z(X_{ji}) = \frac{X_{ij} - \bar{X}_j}{s_j}$$

La decisión de conservar el primer componente se sustentó en su valor propio de 2.03, en la proporción de varianza total representada (40.68%). Debe considerarse que todos sus coeficientes presentaron signo positivo, lo que permitió interpretarlo como una medida sintética en la que valores más elevados reflejan mayor disponibilidad percibida de redes de apoyo.

De manera complementaria, se estimó un análisis factorial exploratorio (AF) sobre la matriz de correlaciones de los cinco reactivos estandarizados. Para la extracción se empleó el método de factores principales y se retuvo un factor. Debido a que se retuvo un solo factor, no se aplicó ningún procedimiento de rotación. Las puntuaciones factoriales individuales se obtuvieron mediante el método de regresión, a partir de la siguiente combinación lineal de los reactivos estandarizados:

$$FA_i = 0.183656Z(redsoc_{1i}) + 0.359973Z(redsoc_{2i}) + 0.195041Z(redsoc_{3i}) + 0.328613Z(redsoc_{4i}) + 0.123939Z(redsoc_{5i})$$

Se retuvo un factor, de acuerdo con la delimitación teórica de la dimensión relacional adoptada en el estudio y con el propósito de construir una medida sintética comparable con el promedio simple y el primer componente principal. Por tanto, el análisis factorial se utilizó para examinar en qué medida los cinco reactivos comparten una dimensión común, no para determinar de manera exclusivamente empírica el número de dimensiones que integran el concepto general de cohesión social.

El análisis factorial mediante factores principales registró un KMO global de 0.6408 y cargas factoriales positivas entre 0.2926 y 0.6596. Los mayores valores correspondieron al apoyo durante una enfermedad y al acompañamiento al médico, mientras

que la cooperación comunitaria presentó la carga más baja y la mayor unicidad. Estos resultados son compatibles con la existencia de una dimensión común, aunque también muestran que los reactivos conservan una proporción importante de variabilidad específica.

La consistencia interna de los cinco reactivos empleados en el cálculo de los tres índices se evaluó mediante el alfa de Cronbach (0.6248 sin estandarizar y estandarizando los reactivos 0.6264). Adicionalmente la correlación interreactivo promedio fue de 0.2511 y las correlaciones corregidas entre cada reactivo y el resto de la escala se ubicaron entre 0.2539 y 0.4641, todas con signo positivo. La eliminación individual de los reactivos no produjo mejoras sustantivas en el coeficiente. El mayor incremento se obtendría al excluir el reactivo de cooperación comunitaria, con un alfa estandarizado de 0.6335; sin embargo, esta variación es reducida y su eliminación disminuiría la cobertura conceptual del índice al retirar el único indicador referido expresamente a la cooperación colectiva en la comunidad. Estos resultados muestran una consistencia interna moderada.

Con el propósito de transparentar las ponderaciones utilizadas y facilitar la reproducción de los índices, la Tabla 4 presenta los coeficientes empleados para calcular el primer componente principal y la puntuación factorial, así como las cargas y unicidades obtenidas mediante el análisis factorial. Los coeficientes de puntuación muestran el peso aplicado a cada reactivo estandarizado, mientras que las cargas indican su relación con el factor común y las unicidades representan la proporción de su varianza que no es recogida por dicho factor.

Tabla 4

Coeficientes de puntuación, cargas y unicidades de los índices construidos mediante PCA y análisis factorial

Reactivo	Coeficiente PCA	Carga factorial	Unicidad	Coeficiente de puntuación AF
Apoyo para conseguir trabajo	**0.4280**	**0.4357**	**0.8101**	**0.1837**
Apoyo durante una enfermedad	**0.5274**	**0.6596**	**0.5650**	**0.3600**
Préstamo equivalente al ingreso mensual	**0.4276**	**0.4362**	**0.8098**	**0.1950**
Acompañamiento al médico	**0.5096**	**0.6336**	**0.5985**	**0.3286**
Cooperación comunitaria	**0.3100**	**0.2926**	**0.9144**	**0.1239**

Nota. Elaboración propia con base en los microdatos de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2024 (INEGI, 2025).

A diferencia del índice promedio, que asigna el mismo peso a cada reactivo, los

métodos multivariados generan ponderaciones a partir de la estructura de correlaciones observadas. Aunque el análisis de componentes principales (PCA) y el análisis factorial exploratorio mediante el método de factores principales (AF) son técnicas relacionadas, responden a objetivos analíticos diferentes, ya que el PCA construye combinaciones lineales de los reactivos con el propósito de concentrar la mayor proporción posible de su variabilidad total en un número reducido de componentes, en contraste, el AF busca representar las relaciones observadas entre los reactivos mediante uno o más factores subyacentes, distinguiendo la proporción explicada por el factor y la variabilidad específica de cada indicador.

Finalmente, se seleccionó el índice promedio como medida principal, debido a su mayor simplicidad e interpretabilidad, mientras que los índices derivados de PCA y AF se utilizaron como pruebas de robustez. La distribución de los índices se analizó mediante estimaciones de densidad Kernel ponderadas con el factor de expansión. Debido al carácter discreto de los indicadores originales, se utilizó un parámetro de suavizamiento (bandwidth = 4) con el fin de obtener representaciones continuas y evitar fluctuaciones sin perder la estructura general de la distribución.

Como ya se mencionó anteriormente, las estimaciones descriptivas se realizaron incorporando el factor de expansión, lo que permite extrapolar los resultados tanto a nivel nacional como estatal. En contraste, los métodos de reducción de dimensionalidad (PCA y AF). Los índices derivados del PCA y del AF se estimaron sin ponderaciones muestrales, posteriormente, su comportamiento y estabilidad se contrastaron mediante estimaciones descriptivas ponderadas, correlaciones entre los tres índices y comparaciones entre grupos poblacionales. Debe señalarse que se calculó un índice alternativo de cohesión social (ICOS_H) que incorpora el reactivo relativo a la capacidad de los hogares para obtener apoyo en el cuidado de niños(as).

3.4. Variables de contexto, caracterización territorial y métodos de análisis

Con el propósito de capturar la heterogeneidad territorial y socioeconómica, se incorporaron diversas variables de control. En este sentido, se construyó una variable dicotómica de ámbito territorial (rural/urbano) a partir del tamaño de la localidad, considerando como rural aquellas con menos de 2,500 habitantes, siguiendo los criterios del Censo de Población y Vivienda (INEGI, 2025).

Asimismo, se construyó una variable de condición indígena, definida como un indicador binario que toma el valor de uno cuando el individuo habla lengua indígena o se autoidentifica como indígena, y cero en caso contrario.

En términos de condiciones económicas, se utilizó el ingreso corriente del hogar, que se presenta en términos trimestrales, y se transformó en ingreso mensual per cápita para hacerlo comparable con las líneas de pobreza por ingresos publicadas por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Así, para el 2024, la línea de pobreza por ingresos en zonas rurales fue de $3,281.93 MXN y en zonas urbanas de 4,548.60 MXN. Por otra parte, las líneas de pobreza extrema fueron de $1,781.34 MXN en zonas rurales y de $2,328.22 MXN en zonas urbanas.

Finalmente, se incorporaron variables sociodemográficas adicionales a nivel de hogar, incluyendo el sexo del jefe de hogar, el nivel educativo del jefe, su edad y la recepción de apoyos gubernamentales. En este último caso, los montos de transferencias se estandarizaron a términos mensuales por hogar, con el fin de mantener consistencia con la medición del ingreso y permitir su inclusión en los modelos de análisis.

El nivel educativo del hogar se operacionalizó a partir de la variable de escolaridad del jefe del hogar, pero con el propósito de facilitar la interpretación y evitar la dispersión derivada de múltiples categorías, se construyó una variable categórica ordinal que agrupa los niveles educativos en cuatro estratos: 1) baja educación (sin instrucción, preescolar y primaria, ya sea completa o incompleta), 2) educación media básica (secundaria completa o incompleta), 3) educación media superior (preparatoria completa o incompleta) y 4) educación superior (incluye estudios profesionales completos o incompletos y posgrado).

Para evaluar diferencias entre grupos, se estimaron modelos de regresión lineal bajo el esquema de diseño muestral complejo, lo que permite obtener estimaciones equivalentes a pruebas de diferencia de medias ajustadas por pesos, estratos y conglomerados. La significancia estadística se evaluó mediante pruebas de Wald (estadístico F) ajustadas por el diseño de la encuesta. Los grados de libertad del diseño corresponden a la diferencia entre el número de unidades primarias de muestreo (PSU = 10,569) y los estratos (681).

Para evaluar la relación entre los beneficios gubernamentales y la cohesión social, se estimaron modelos de regresión lineal bajo el esquema de diseño muestral complejo. En una primera etapa, se analizaron asociaciones bivariadas entre la recepción de transferencias (recibe_apoyo) con el índice de cohesión social.

$$ICS_i = \alpha + \beta_1 recibe_apoyo_i + \varepsilon_i \qquad \text{(modelo 1)}$$

Donde: corresponde al índice de cohesión social del individuo i, y es una variable dicotómica que identifica si el hogar recibe transferencias públicas. Posteriormente, se estimó una especificación ajustada que incorpora controles estructurales y socioeconó-

micos:

$$ICS_i = \alpha + \beta_1 recibe_apoyo_i + \beta_2 Indigena_i + \beta_3 Rural_i + \beta_4 EducacionJefe_i + \beta_5 Pobreza_i + \beta_6 Edad_i + \varepsilon_i \quad \text{(modelo 2)}$$

De manera complementaria se estimó un modelo en donde se sustituyó la variable dicotómica de recibe_apoyo, por el logaritmo del monto del beneficio gubernamental otorgado mensualmente como una medida de intensidad:

$$ICS_i = \alpha + \beta_1 ln\,(recibe_apoyo_i + 1) + \beta_2 Indigena_i + \beta_3 Rural_i + \beta_4 EducacionJefe_i + \beta_5 Pobreza_i + \beta_6 Edad_i + \varepsilon_i \quad \text{(modelo 3)}$$

Finalmente, para evaluar si la relación entre beneficios gubernamentales y cohesión social difiere según la condición de pobreza, se incorporaron términos de interacción. Para el margen extensivo se estimó:

$$ICS_i = \alpha + \beta_1 recibe_apoyo_i + \beta_2 Pobreza_i + \beta_3 (recibe_{apoyo_i} * Pobreza_i) + \gamma X_i + \varepsilon_i$$

(modelo 4)

y para el margen intensivo:

$$ICS_i = \alpha + \beta_1 (lnrecibe_apoyo_i + 1) + \beta_2 Pobreza_i + \beta_3 \left[ln(recibe_{apoyo_i} + 1) * Pobreza_i\right] + \boldsymbol{\gamma}\mathbf{X}_i + \varepsilon_i$$

Donde: representa un vector columna de variables explicativas: condición indígena, ámbito rural, nivel educativo del jefe del hogar y edad; y es un vector fila de parámetros asociados a las variables explicativas. La significancia de los términos de interacción se evaluó mediante pruebas de Wald ajustadas por el diseño muestral.

Debe precisarse que, en los modelos planteados, las diferencias de medias, los coeficientes de regresión y los términos de interacción se interpretan en términos asociativos. Un coeficiente estadísticamente significativo indica que existe una asociación entre las variables, condicional a las especificaciones del modelo, pero no demuestra que la variable independiente produzca cambios en la cohesión social. Asimismo, las comparaciones por edad representan diferencias entre personas de distintas edades observadas en un mismo momento y no cambios longitudinales experimentados por los mismos individuos a lo largo del ciclo de vida.

El coeficiente de determinación se utilizó como una medida descriptiva del ajuste global de los modelos. En este sentido, el R^2 indica la proporción de la variabilidad

observada en el índice de cohesión social de la que da cuenta, en términos estadísticos, el conjunto de variables incorporadas en el modelo. No constituye una medida de causalidad, no determina por sí solo la pertinencia de los coeficientes y tampoco representa necesariamente la capacidad predictiva del modelo fuera de la muestra.

3.5. Metodología para el análisis territorial

Para poder realizar el análisis territorial se estimaron medias ponderadas del índice de cohesión social por entidad federativa, con el objetivo de identificar diferencias territoriales iniciales y construir una caracterización espacial de la cohesión social en México. Posteriormente, se elaboraron mapas coropléticos mediante clasificación por cuantiles, utilizando cinco categorías territoriales, lo que permitió visualizar la distribución espacial de la cohesión social y detectar posibles patrones regionales de concentración territorial.

Con el fin de evaluar la existencia de dependencia espacial, se empleó el índice de autocorrelación espacial de Moran (I), con una matriz de contigüidad espacial tipo Queen de primer orden, la cual considera como vecinas aquellas entidades federativas que comparten frontera territorial. De igual manera se estimó la significancia del estadístico global de Moran mediante el procedimiento de aleatorización Monte Carlo basados en 999 permutaciones aleatorias, para probar la hipótesis nula que señala una distribución espacial completamente aleatoria de la cohesión social.

Posteriormente se estimaron los Indicadores Locales de Asociación Espacial (Local Indicators of Spatial Association, LISA) para poder establecer la existencia de agrupamientos espaciales. Así, se clasificaron las entidades federativas en clústeres espaciales Alto-Alto, Bajo-Bajo, identificando regiones con patrones homogéneos de cohesión social estadísticamente significativos.

A partir de los patrones espaciales identificados se realizó una regionalización territorial de la cohesión social, la cual se realizó considerando los criterios de continuidad espacial. Como resultado, se definieron cuatro regiones territoriales: 1) Región Norte-Noroeste de alta cohesión social, integrada por Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Chihuahua, Nuevo León, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas; 2) Región Occidente-Centro de integración intermedia y heterogénea, conformada por Aguascalientes, Colima, Durango, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas; 3) Región centro metropolitano heterogéneo, caracterizado por elevados niveles de urbanización y densidad poblacional, pero con menores niveles relativos de cohesión social, integrado por Ciudad de México, Estado de México, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala 4) Región Sur-Sureste de baja cohesión social, integrada por Campeche, Chiapas,

Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán.

Con el propósito de evaluar estadísticamente las diferencias regionales observadas en la distribución territorial de la cohesión social, se estimó un modelo de regresión lineal utilizando como variable dependiente el Índice de Cohesión Social (ICS_prom_100) y como variable explicativa la regionalización territorial construida, adicionalmente en un segundo modelo se consideró la condición rural-urbana a partir de una interacción para evaluar simultáneamente las diferencias interregionales y las desigualdades intraterritoriales asociadas al ámbito rural-urbano. La especificación del modelo permitió contrastar las diferencias promedio de cohesión social entre regiones, utilizando a la región Norte-Noroeste como categoría de referencia, debido a que presentó los niveles más elevados de cohesión social. En consecuencia, los coeficientes estimados representan la magnitud de las diferencias regionales respecto a dicha categoría territorial. Todas las estimaciones fueron realizadas considerando el diseño muestral complejo de la ENIGH 2024 mediante ponderaciones, estratificación y conglomerados. Cabe señalar que el objetivo del modelo no consistió en establecer relaciones causales sobre la cohesión social, sino contrastar estadísticamente la existencia de diferencias territoriales significativas entre regiones del país.

Finalmente, y con el propósito de complementar el análisis espacial y regional de la cohesión social, se incorporaron medidas de dispersión y heterogeneidad distributiva regional del índice de Cohesión Social como el coeficiente de variación, desviación estándar, el índice de Gini y el índice de Theil (índice de entropía generalizada).

A diferencia de la aplicación tradicional del índice de Gini en estudios de ingreso, en este caso, el índice no fue interpretado como una medida de desigualdad económica, sino como un indicador de concentración y distribución interna de los niveles de cohesión social entre individuos dentro de cada región territorial. Bajo esta lógica, valores más elevados del índice reflejan una distribución más heterogénea del nivel de cohesión social, evidenciando mayores diferencias intrarregionales en términos de integración comunitaria, confianza interpersonal y articulación territorial.

Los índices de entropía generalizada permiten evaluar la heterogeneidad distributiva del índice considerando distinta sensibilidad a segmentos específicos de la distribución, así, mientras GE(0) otorga mayor peso relativo a los valores bajos de cohesión social, GE(2) enfatiza las diferencias en los valores más alto, el índice GE(1), correspondiente al índice de Theil, proporciona una medida intermedia de heterogeneidad distributiva y permite su descomposición entre componentes interregionales e intrarregionales.

En conjunto, la estrategia metodológica expuesta hasta este momento permite articular la medición directa de la dimensión relacional de la cohesión social con el análisis

de las condiciones socioeconómicas, sociodemográficas, étnico-culturales, institucionales y territoriales asociadas con su distribución (Véase Tabla 5.). Esta distinción permite mantener fuera del índice aquellas variables que describen el contexto en el que se desarrollan los vínculos sociales, sin excluirlas del análisis. Con el propósito de sintetizar la vinculación entre el marco conceptual, las variables seleccionadas y los procedimientos empleados, en la Tabla 5 se presenta la estructura conceptual y metodológica que orienta la investigación.

Tabla 5

Estructura conceptual y metodológica del análisis de la cohesión social

Forma de incorporación en la investigación	Dimensión o ámbito teórico	Componente analizado	Indicadores o variables empleadas
Medición directa	Relacional u horizontal	Disponibilidad percibida de redes de apoyo interpersonal	Apoyo para conseguir trabajo (redsoc_1); cuidado durante una enfermedad (redsoc_2); préstamo (redsoc_3); acompañamiento al médico (redsoc_4)
Medición directa	Relacional u horizontal	Cooperación y acción colectiva	Cooperación para realizar mejoras en la colonia o localidad (redsoc 5)
Medición complementaria	Relacional u horizontal	Redes de cuidado	Apoyo para el cuidado de niñas y niños (redsoc_6)
Aproximación indirecta	institucional	Intervención redistributiva del Estado	Recepción y monto mensual de transferencias gubernamentales
Contextualización socioeconómica	Condiciones estructurales	Recursos y vulnerabilidad económica	Ingreso corriente per cápita, pobreza y pobreza extrema por ingresos
Contextualización sociodemográfica	Condiciones estructurales	Ciclo de vida y características del hogar	Edad, escolaridad y sexo de la jefatura
Contextualización étnico-cultural	Condiciones estructurales	Pertenencia étnica	Autoadscripción indígena o condición de hablante de lengua indígena
Contextualización territorial	Condiciones estructurales	Localización territorial	Ámbito rural o urbano, entidad federativa y región
Análisis de la distribución espacial	Territorial del análisis	Dependencia y agrupamiento espacial	Medias estatales, índice de Moran y análisis LISA
Análisis de la heterogeneidad territorial	Territorial del análisis	Dispersión interna y entre regiones	Desviación estándar, coeficiente de variación, Gini y entropía generalizada

Nota. Elaboración propia con base al marco teórico y la metodología

Capítulo 4

Evidencia empírica de la cohesión social en México

4.1. Comportamiento general del índice de cohesión social

Los resultados obtenidos muestran que el índice promedio de cohesión social (ICS_prom_100) alcanza un valor nacional de 46.02 puntos (IC 95%: 45.82–46.23), ubicando a la dimensión relacional de la cohesión social en un nivel intermedio con una clara tendencia hacia valores bajos. Este resultado sugiere que una proporción importante de los hogares mexicanos percibe que no es tan fácil recibir apoyo para enfrentar situaciones cotidianas, como conseguir empleo, recibir cuidados durante una enfermedad, obtener ayuda económica, acudir al médico o coordinar acciones colectivas en la comunidad. Debe señalarse que esto no implica que no existan vínculos sociales, sino más bien que no siempre son suficientes o que no están disponibles de igual forma para todos. Esta desigual dotación de "red de apoyo" puede depender de las condiciones sociales y territoriales en las que se encuentre los hogares, situación que se analizará más adelante.

Con el propósito de evaluar esta medición, el índice fue comparado con dos estrategias alternativas de construcción, iniciando con un índice calculado por el método de análisis de componentes principales (PCA), mediante el cual el primer componente tuvo un valor propio de 2.03, explicó el 40.68 % de la varianza total y presentó coeficientes positivos en los cinco reactivos. El índice derivado de este componente alcanzó un promedio de 48.53 puntos (IC 95 %: 48.32–48.74). Posteriormente se estimó una solución por el análisis factorial (AF) mediante el método de factores de componentes principales, el cual presentó una medida KMO global de 0.6408 y cargas positivas entre 0.293 y 0.66; el índice resultante registró un promedio de 51.28 puntos (IC 95 %: 51.05–51.50). Aunque ambos procedimientos producen estimaciones ligeramente superiores al promedio simple, las diferencias observadas responden principalmente a la lógica estadística con la que cada método sintetiza la información y no a cambios sustanciales en la interpretación del fenómeno. Mientras el índice promedio asigna la misma importancia a todos los indicadores, los métodos multivariados ponderan cada reactivo de acuerdo con la variabilidad compartida que presenta con el resto de las variables, otorgando mayor peso

a aquellos componentes que mejor representan la estructura latente de la cohesión social.

Aunque los métodos multivariados produjeron medias ligeramente superiores a la del índice promedio, estas diferencias deben interpretarse con cautela, debido a que los índices se construyeron mediante distintos criterios de ponderación y re-escalamiento. El índice promedio mantiene el supuesto teórico de que los cinco tipos de apoyo tienen la misma importancia, mientras que el PCA y el análisis factorial asignan ponderaciones derivadas de la estructura de correlaciones observada. No obstante, las correlaciones entre los tres índices fueron muy elevadas, con valores entre 0.961 y 0.991 ($p < 0.001$), lo que muestra que los procedimientos generan un ordenamiento ampliamente coincidente de la población. En consecuencia, las variaciones entre sus medias no representan diagnósticos sustantivamente distintos, sino resultados derivados de diferentes reglas de agregación, ponderación y transformación de las puntuaciones.

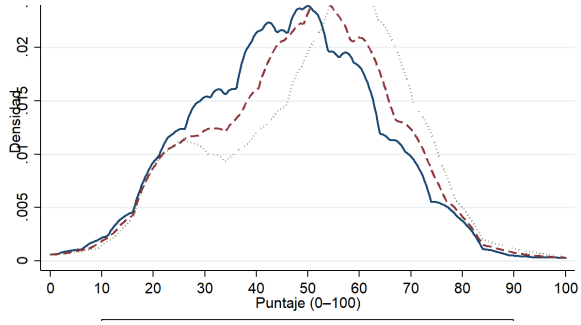
Cabe destacar que los resultados obtenidos mediante los tres métodos distintos del índice de cohesión social tienden a converger, mostrando una distribución similar, lo que implica que existe un patrón que va más allá del método empleado (Véase Gráfica 1). Se puede decir que las desigualdades observadas posteriormente serán el resultado de la percepción existente sobre la cohesión social y no una derivación de la técnica empleada.

En la Gráfica 1 se muestra que los índices estimados por PCA y AF presentan un ligero desplazamiento hacia valores más altos, teniendo distribuciones superpuestas que mantienen una forma coincidente. Es por lo que, más allá de esta consistencia metodológica, la distribución permite apreciar como existe una concentración de los hogares en los valores intermedios, por lo que no se aprecia una polarización entre hogares con muy altas y muy bajos niveles de cohesión social, sino por una distribución relativamente continua alrededor de niveles medios, reflejando procesos acumulativos asociados a la trayectoria social de los hogares, más que situaciones extremas de inclusión o exclusión.

Sin embargo, interpretar esta distribución como evidencia de una cohesión social homogénea sería un error, porque si bien, existe una ausencia de multimodalidades o de agrupamientos claramente diferenciados en la distribución, ello no implica que la cohesión social se distribuya de manera uniforme entre la población. Por el contrario, la agregación tiende a ocultar desigualdades que pueden estar asociadas al territorio, la pertenencia étnica, las condiciones socioeconómicas o las características demográficas de los hogares, por lo que a continuación se realizará una desagregación para identificar los factores que puedan explicar la heterogeneidad.

Gráfica 1

Distribución de los índices de cohesión social a nivel nacional



Nota. Elaboración propia con base en ENIGH, 2024.
Densidades Kernel ponderadas con factor de expansión (bandwidth = 4)

4.2. Cohesión social según ámbito rural-urbano.

Una primera desagregación del índice fue su composición territorial donde se observó que la cohesión social presenta diferencias entre los ámbitos urbano y rural, al mostrar un índice promedio de 46.64 puntos en las zonas urbanas, mientras que en las rurales desciende a 43.87 puntos, lo que representa una brecha de 2.77 puntos. Este comportamiento se reproduce de manera consistente en los índices derivados del análisis de componentes principales y del análisis factorial exploratorio, cuyas diferencias alcanzan 3.09 y 3.30 puntos, respectivamente (Véase Tabla 6).

Los resultados indican que la diferencia entre zonas rurales y urbanas es estadísticamente significativa empleando el índice promedio (coeficiente = -2.77; F = 177.29; $p < 0.001$), lo que permite rechazar la hipótesis nula de igualdad de medias. Resultados consistentes se observan en los índices derivados de PCA y AF, confirmando la robustez del patrón encontrado. Más allá de la significancia estadística, este resultado permite cuestionar la idealización teórica en torno a los espacios rurales, dada por la noción arraigada de que la proximidad comunitaria y la identidad cultural actúan como catalizadores naturales de un tejido social más sólido que el urbano; sin embargo, los resultados sugieren que esta premisa no puede asumirse como una constante (Véase Tabla 6).

En la Tabla 6 se puede apreciar como en los espacios rurales la cohesión social tiende a ser menor, situación que puede deberse a las barreras estructurales existentes en estos espacios, caracterizados por tener mayores niveles de pobreza, dispersión poblacional, limitada oferta de servicios, por lo que las redes sociales de apoyo pueden conservar una fuerte carga identitaria y, aun así, disponer de recursos materiales insuficientes para proporcionar apoyo.

Tabla 6

Índices de cohesión social por ámbito rural-urbano

Índice	Urbano	Rural	Diferencia rural–urbano	Error estándar	F (1, 9888)	p-valor
ICS_ prom_100	**46.64**	**43.87**	-2.77	**0.21**	**177.29**	<0.001
PC1_100	**49.22**	**46.13**	-3.09	**0.22**	**203.78**	<0.001
F1_100	**52.01**	**48.71**	-3.3	**0.23**	**204.2**	<0.001

Nota. Elaboración propia con base a ENIGH, 2024.

4.3. Población indígena y cohesión social

Los resultados muestran que existe una asociación negativa entre la condición indígena y la cohesión social, ya que en este contexto se encuentra un menor índice promedio (ICS_prom_100) de 43.11 puntos en contraste con los 47.0 puntos obtenidos entre la población no indígena, lo que representa una diferencia de 3.9 puntos. Este comportamiento es similar al encontrado con los índices derivados del análisis de componentes principales y del análisis factorial exploratorio, donde las diferencias ascienden a 4.29 y 4.64 puntos, respectivamente (Véase Tabla 7). En todos los casos, las diferencias son estadísticamente significativas ($p < 0.001$), confirmando que el patrón se mantiene independientemente del método de construcción del índice.

Se puede decir que, la población indígena percibe mayores limitaciones para acceder a redes de apoyo en situaciones cotidianas de emergencia, sin embargo, esto no debe mal interpretarse y llevarnos a pensar que en los pueblos indígenas existe una menor disposición a la solidaridad, porque ello sería un error, especialmente cuando estas comunidades presentan fuertes vínculos identitarios y de organización comunitaria.

Tabla 7

Índices de cohesión social por condición indígena-no indígena

Índice	No indígena	Indígena	Diferencia (Indígena–No indígena)	Error estándar	F (1, 9888)	p-valor
ICS_ prom_100	47	**43.11**	-3.9	**0.2**	**362.75**	<0.001
PC1_100	**49.61**	**45.32**	-4.29	**0.21**	**403.38**	<0.001
F1_100	**52.44**	**47.8**	-4.64	**0.23**	**414.78**	<0.001

Nota. Elaboración propia con base a ENIGH, 2024.

En este punto surge el cuestionamiento sobre en qué medida el territorio y la identidad étnica se relacionan[1], para poder dar respuesta a esta pregunta se realizó un modelo regresión que contempla la interacción entre ambas variables, y se encontró que tanto la condición rural como la adscripción indígena tienen relaciones negativas e independientes con el índice de cohesión social. Se encontró que residir en una localidad rural se asocia con una reducción promedio de 1.44 puntos en el índice ($p < 0.001$), mientras que pertenecer a la población indígena implica una disminución de 3.07 puntos ($p < 0.001$). Sin embargo, su interacción muestra un efecto negativo y estadísticamente significativo de −1.23 puntos ($p = 0.003$), mostrando que la desventaja asociada a la ruralidad se agudiza cuando confluye con la condición indígena.

Al examinar los efectos marginales (Véase Tabla 8) para cada uno de los grupos analizados se encuentra que los hogares urbanos no indígenas registran el nivel más alto de cohesión social (47.24 puntos), seguidos por los hogares rurales no indígenas (45.80 puntos) y los urbanos indígenas (44.17 puntos), ubicándose en el último nivel los hogares rurales indígenas (41.50 puntos).

Tabla 8

Valores estimados de cohesión social por ámbito territorial y condición indígena

Grupo	Media estimada*	Error estándar	IC 95% inferior	IC 95% superior	p-valor
Urbano no indígena	**47.24**	**0.14**	**46.97**	**47.51**	<0.001
Urbano, indígena	**44.17**	**0.25**	**43.68**	**44.65**	<0.001
Rural, no indígena	**45.8**	**0.2**	**45.41**	**46.19**	<0.001
Rural, indígena	**41.5**	**0.25**	**41.01**	**41.99**	<0.001

Nota. Elaboración propia con base en ENIGH, 2024.
* Valores predichos del modelo de ICS_prom con interacción rural*indígena.

4.4. Cohesión social y ciclo de vida

Con el propósito de conocer si las brechas identificadas con anterioridad varían a lo largo del ciclo vital, se incorporó a la edad dentro del modelo de regresión, lo que permitió encontrar una asociación negativa y estadísticamente significativa entre edad y cohesión social, registrando una disminución promedio de 0.17 puntos por cada año adicional (beta = -0.167; $p < 0.001$). Es de relevancia considerar cómo las transformaciones sociodemográficas afectan la funcionalidad de las redes de apoyo conforme avanza la edad. Debe destacarse que este proceso se acentúa según la estructura etaria y el contexto territorial,

[1]La función estimada de regresión fue $ICS_i = 47.24 - 1.44\ (Rural_i) - 3.07\ (Indígena_i) - 1.23\ (Rural_i * Indígena_i))$

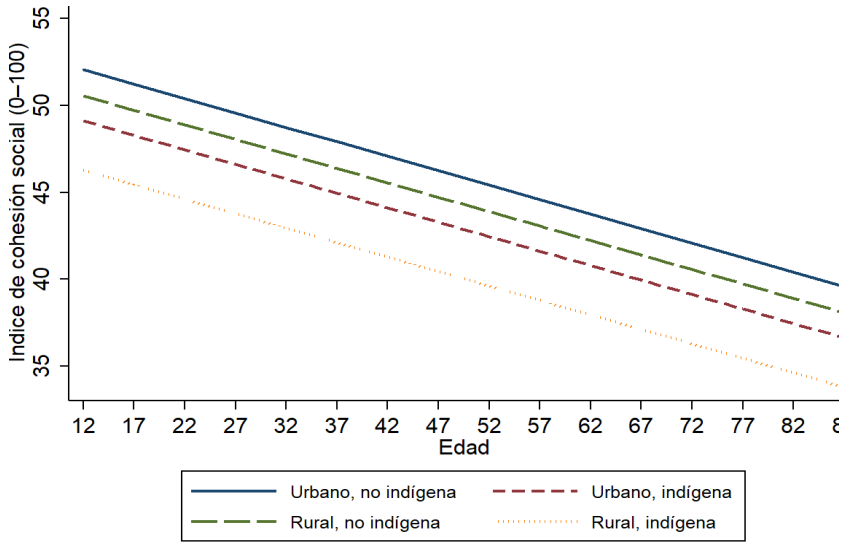
ello se demuestra al encontrar que la residencia en ámbitos rurales (beta = -1.52; p < 0.001), la condición indígena (beta = -2.96; p < 0.001) y la interacción entre ambas variables (beta = -1.32; p = 0.002) continúan asociándose con menores niveles de cohesión social, mostrando una exclusión persistente que atraviesa de forma transversal a lo largo del ciclo de vida.

En la Gráfica 2 se puede apreciar esta dinámica, en donde los 4 grupos analizados muestran una contracción progresiva de la cohesión social a medida que incrementa la edad, sin embargo, las trayectorias siguen una separación paralela y constante a lo largo de todo el rango etario. En donde, los hogares urbanos no indígenas mantienen las puntuaciones más altas del índice, mientras que los hogares rurales indígenas permanecen en la última posición.

Estos resultados sugieren que el envejecimiento no actúa como un mecanismo de convergencia o atenuación entre los distintos grupos sociales, por el contrario, las distancias asociadas al territorio y a la adscripción étnica permanecen estables a lo largo del tiempo, así, la edad opera como un proceso de desgaste generalizado que erosiona la disponibilidad percibida de cohesión social, mientras que las condiciones territoriales y étnicas determinan el punto de partida y la vulnerabilidad relativa de cada grupo.

Gráfica 2

Cohesión social estimada por edad, territorio y condición indígena



Nota. Elaboración propia con base a ENIGH, 2024.

Dado que la prueba de robustez se realizó con el mismo análisis, esto es, utilizando los índices calculados por el procedimiento de componentes principales y del análisis factorial exploratorio, se encontró patrones similares, ya que la edad mantiene un efecto negativo y estadísticamente significativo (por ejemplo, en el índice factorial el coeficiente = -0.174; $p < 0.001$), mientras que el ámbito rural (coeficiente = -1.85; $p < 0.001$), la condición indígena (coeficiente = -3.58; $p < 0.001$) y su interacción (coeficiente = -1.45; $p = 0.002$) también mantienen relaciones inversas. Asimismo, los valores estimados muestran una tendencia descendente y paralela a lo largo del ciclo de vida, conservando el mismo orden relativo entre los grupos etarios.

4.5. Pobreza, ciclo de vida y cohesión social

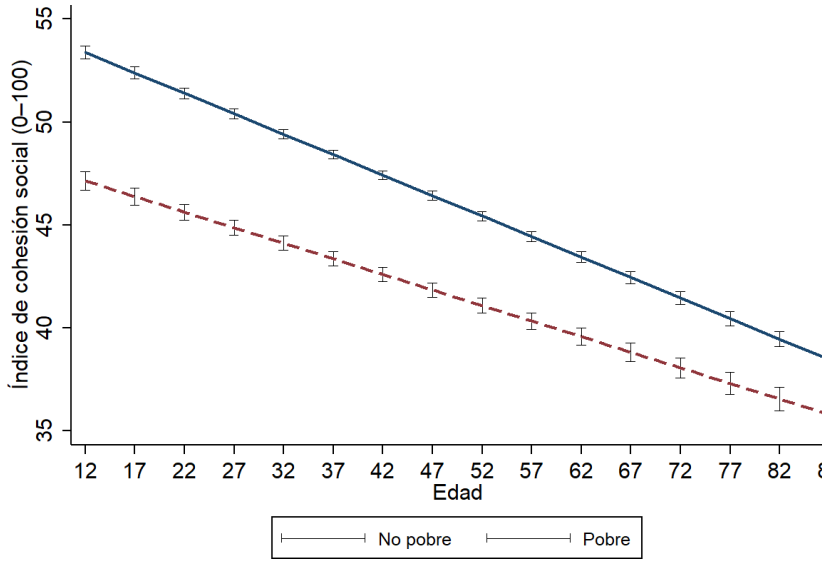
Una vez analizadas las brechas asociadas al ámbito territorial, la condición indígena y su persistencia a lo largo del ciclo de vida, resulta pertinente examinar si un patrón similar se observa en función de la condición socioeconómica. En este sentido se encontró que la población que no presenta pobreza por ingresos presentó niveles de cohesión social más altos que la población en situación de pobreza (47.40 frente a 43.02 puntos; $p < 0.001$), lo mismo ocurre con la diferencia de los niveles de cohesión social alcanzados por la población que no presenta pobreza extrema con respecto a la que sí se encuentra en esta condición (46.23 frente a 43.47 puntos; ($p < 0.001$).

Para evaluar la interacción entre la edad y la condición de pobreza por ingresos con la cohesión social, se estimó un modelo de regresión que permitió encontrar un efecto negativo y estadísticamente significativo sobre la cohesión social (coeficiente = -0.199; $p < 0.001$), lo que permite decir que conforme aumenta la edad existe un descenso en la cohesión social y de forma similar se presenta con la condición de pobreza (coeficiente = -6.82; $p < 0.001$). Pero el hallazgo que debe destacarse es el que se aprecia mediante la interacción, ya que el coeficiente es positivo y significativo (coeficiente = 0.048; $p < 0.001$) lo que implica que la brecha de cohesión social entre la población pobre y no pobre se reduce gradualmente conforme se incrementa la edad (véase el cambio de pendiente de la Gráfica 3), por lo que la desventaja económica marcada en edades iniciales disminuye su peso relativo en etapas posteriores.

Para corroborar esta asimetría en las trayectorias de la cohesión social se aplicó la prueba de Wald ajustada sobre el término de interacción entre la edad y la condición de pobreza, y se encontró significancia estadística ($F(1, 9888) = 49.08$; $p < 0.001$), lo que permite rechazar la hipótesis nula de igualdad de pendientes. Este hallazgo permite afirmar que la brecha en la cohesión social entre la población pobre y no pobre no permanece estática a lo largo del curso de vida, sino que experimenta un proceso de convergencia o reducción conforme se presenta el proceso de envejecimiento.

Gráfica 3

Cohesión social estimada por pobreza y edad



Nota. Elaboración propia con base ENIGH, 2024.

4.6. Educación y cohesión social

Al incorporar la escolaridad del jefe de familia con los niveles de cohesión social, se identifica un patrón estratificado, en donde los hogares con baja escolaridad registran el menor nivel (42.73 puntos), cifra que asciende a 46.13 puntos entre quienes cuentan con educación media básica y se incrementa a 47.96 puntos entre quienes cuentan con educación media superior, sin embargo, cuando el jefe de familia tiene niveles de educación superior o más también alcanza el mayor nivel de cohesión social (50.24 puntos). Este comportamiento se mantiene al realizar el mismo análisis con los índices estimados por PCA y AF (Véase Tabla 9).

Debe apreciarse que las diferencias entre niveles educativos son estadísticamente significativas en su conjunto ($F(3, 9886) = 391.73$; $p < 0.001$), y presentan una magnitud creciente conforme avanzan los niveles educativos, así, el nivel medio básico tiene 3.39 puntos más en los niveles de cohesión social en comparación con el menor nivel educativo, esta brecha se incrementa con la educación media superior (5.22 puntos) y con la educación superior (7.50 puntos). Se puede decir que, la educación trasciende su función tradicional como generador de capital humano, al incidir en las capacidades para construir redes de apoyo y tener mejores niveles de cohesión social.

Tabla 9

Estimaciones de regresión de los índices de cohesión social según nivel educativo del jefe de hogar

Variable	ICS_ prom_100 (Coef.)*	Error Std.	PC1_100 (Coef.)	Error Std.	F1_100 (Coef.)	Error Std.
Media básica (secundaria)	**3.393*** **	**0.175**	**3.498*** **	**0.179**	**3.532*** **	**0.188**
Media superior	**5.225*** **	**0.231**	**5.355*** **	**0.239**	**5.374*** **	**0.251**
Superior o más	**7.504*** **	**0.24**	**7.624*** **	**0.243**	**7.584*** **	**0.249**
Constante	**42.734*** **	**0.145**	**45.164*** **	**0.149**	**47.903*** **	**0.157**

Nota. Elaboración propia con base ENIGH, 2024.

***** Resultados de regresión lineal con diseño muestral complejo. La categoría de referencia es nivel educativo bajo (primaria o menos). *** $p < 0.001$.

Es importante evaluar si el impacto de la escolaridad se mantiene al considerar el género del jefe de familia, para ello, se estimó un modelo que incorpora la interacción entre el nivel educativo y el sexo del jefe del hogar, lo que permitió encontrar que los hogares con jefatura masculina registran, en promedio, 1.87 puntos más en el índice de cohesión social que aquellos encabezados por mujeres ($p<0.001$). Sin embargo, la interacción entre el nivel educativo y el sexo de la jefatura no resultó estadísticamente significativo ($F(3,9886) =1.05$; $p=0.3708$), lo que implica que el incremento del índice de cohesión social derivado de un mayor nivel de escolaridad no tiene una relación estadísticamente significativa con el sexo del jefe del hogar.

Estos resultados indican que, existe una diferencia en los niveles de cohesión social entre las jefaturas masculinas y femeninas, sin embargo, este resultado puede derivarse de las particularidades específicas de los hogares con jefatura femenina, que pueden presentar estructuras monoparentales, o condiciones de doble jornada derivada de las responsabilidades de cuidado, entre otros aspectos, sin embargo, estas dimensiones exceden el alcance del modelo.

4.7. Cohesión social en hogares con requerimientos de cuidado de menores

La incorporación de la última pregunta considerada en el análisis, la cual está orientada a capturar la posibilidad de obtener apoyo para el cuidado de niñas y niños, introduce variaciones interesantes, porque, en comparación con el primer índice promedio, este se incrementa de 46.02 a 47.82 puntos; una tendencia que se replica en las estimaciones

derivadas del análisis de componentes principales (de 48.53 a 50.45 puntos) y del análisis factorial exploratorio (de 51.28 a 52.41 puntos). La regularidad de este comportamiento sugiere que el cuidado infantil constituye una dimensión que incrementa la cohesión social de los hogares.

Debe señalarse que el incorporar este elemento al análisis se presenta un limitante, que tiene que ver con la reducción de la cobertura muestral a 35,473 personas, los cuales cuentan con la presencia de menores de edad. Por lo tanto, el incremento observado no debe interpretarse como un fortalecimiento generalizado de la cohesión social, sino como una particularidad derivada de un subgrupo poblacional cuyas demandas cotidianas pueden requerir un mayor nivel de cohesión social.

Este hallazgo muestra como la cohesión social no es una estructura estática e inmutable, ya que depende, no solo de elementos estructurales, sino también de las necesidades concretas de los hogares, en este caso específico, cuando los hogares cuentan con un menor de edad se tienen mayores requerimientos de redes de apoyo, sin embargo, ello no implica que este mayor nivel de cohesión social se presente en otros aspectos de la vida social.

Para mantener el nivel de análisis, se contrastaron estos resultados con los índices calculados estimados por PCA y AF, donde se encontró que las brechas de cohesión social entre los hogares con jefatura masculina y femenina se mantiene, ya que el índice promedio mostró una brecha de 1.71 puntos (48.28 frente a 46.57), mientras que con la técnica PCA fue de 1.77 y con la AF de 1.82. En todos los escenarios, estas diferencias tuvieron significancia estadística ($p < 0.001$).

A pesar de estos resultados, debe señalarse que las diferencias encontradas por el sexo de la jefatura del hogar disminuyen si se incluyen otras variables estructurales como la escolaridad, la pobreza, la adscripción étnica y el ámbito territorial, por lo que se puede decir que la varianza explicada por la introducción del sexo de la jefatura del hogar queda acotada frente al marco estructural de las condiciones socioeconómicas y geográficas.

4.8 Transferencias públicas y cohesión social.

Un elemento central en la discusión teórica revisada en el Capítulo 1, fue el papel de las instituciones y del gobierno en la cohesión social, sin embargo, por el tipo de información disponible no se puede cuantificar el nivel de confianza institucional o la calidad de los servicios públicos, por lo tanto, se consideró a las transferencias públicas como una variable indirecta de intervención estatal, debido a su papel redistributivo y como instrumento que busca reducir las condiciones de vulnerabilidad económica de los hogares, por lo que

debe considerarse que su asociación con la cohesión social puede verse afectada según la condición de pobreza de los hogares.

Con estas consideraciones, se estimó una secuencia de modelos de regresión lineal considerando el diseño muestral complejo (Véase Tabla 10), con el objetivo de evaluar, de manera progresiva, los cambios en los niveles de cohesión social al introducir variables estructurales y socioeconómicas.

En el primer modelo sin controles, los hogares que reciben transferencias gubernamentales presentan niveles significativamente menores de cohesión social que aquellos que no son beneficiarios. Específicamente, la recepción de transferencias se asocia con una reducción promedio de 3.24 puntos en el índice de cohesión social ($\beta = -3.236$; $p < 0.001$). Este resultado visto de manera aislada podría sugerir que la población beneficiaria tiene un menor nivel de cohesión social; sin embargo, esta interpretación preliminar debe tomar en cuenta el hecho de que los programas sociales no se asignan de forma aleatoria, sino que se concentran en hogares que enfrentan mayores condiciones de vulnerabilidad económica y social.

La incorporación de variables estructurales modifica sustancialmente esta interpretación, ya que, una vez controladas la condición indígena, el ámbito rural, el nivel educativo de la jefatura del hogar, la pobreza por ingresos y la edad, el coeficiente asociado a la recepción de transferencias se reduce de -3.236 a -0.248 puntos, perdiendo completamente su significancia estadística ($p = 0.138$). Un comportamiento prácticamente idéntico se observa cuando el análisis sustituye la condición de beneficiario por la intensidad del apoyo económico recibido, ya que el coeficiente asociado al logaritmo del monto mensual de las transferencias también deja de ser significativo ($\beta = -0.023$; $p = 0.292$).

La asociación negativa observada en el modelo inicial se redujo sustancialmente y perdió significancia estadística después de incorporar las características sociodemográficas, económicas y territoriales incluidas en el modelo. Este comportamiento es compatible con la existencia de diferencias estructurales entre los hogares receptores y no receptores, así como con los criterios de focalización de los programas. Sin embargo, debido al carácter observacional y transversal de los datos, no puede concluirse que dichas características expliquen completamente la asociación inicial ni que las transferencias carezcan de efectos causales sobre la cohesión social.

En el modelo 1, la sola condición de recepción de transferencias presenta un R^2 de 0.008; por tanto, esta variable da cuenta de 0.8 % de la variabilidad observada en el índice de cohesión social. Este ajuste reducido es congruente con el propósito acotado de

la primera especificación, que consiste en estimar la asociación no ajustada entre ambas variables y no en construir un modelo integral de predicción.

Al incorporar la condición de pobreza, la adscripción indígena, el ámbito rural, el nivel educativo de la jefatura del hogar y la edad, el R^2 aumenta a 0.073, lo que representa un incremento de 0.065, equivalente a 6.5 puntos porcentuales de variabilidad adicional considerada por el modelo. En conjunto, las covariables mejoran su capacidad para describir la heterogeneidad transversal del índice; sin embargo, el R^2 de 0.073 también muestra que una parte amplia de la variabilidad individual permanece fuera de las características observadas.

Hasta este punto, los resultados permiten señalar que no existe evidencia estadísticamente significativa de una relación promedio entre las transferencias gubernamentales y la cohesión social. No obstante, esta ausencia de asociación general no implica necesariamente que los apoyos públicos operen de la misma manera en todos los hogares, ni de la misma forma en todos los programas.

Con el propósito de interpretar adecuadamente las interacciones estimadas, se calcularon los efectos marginales de las transferencias gubernamentales según la condición de pobreza de los hogares (Véase Tabla 11). Este procedimiento permitió evaluar si la recepción de apoyos públicos y la intensidad de las transferencias producen asociaciones diferenciadas de cohesión social entre hogares pobres y no pobres. Los resultados del modelo 4 muestran que, para los hogares no pobres, recibir una transferencia se asocia con una disminución promedio de -0.53 puntos en el índice de cohesión social ($\beta = -0.533$; IC95%: -0.930 a -0.136; $p = 0.008$). En contraste, entre los hogares en situación de pobreza el efecto estimado cambia de signo ($\beta = 0.338$), aunque no alcanza significancia estadística (IC95%: -0.170 a 0.846; $p = 0.192$). Más allá de la interpretación individual de los coeficientes, resulta relevante apreciar como la prueba de Wald confirma que existe una diferencia estadísticamente significativa ($F = 7.81$; $p = 0.005$) entre los niveles de cohesión social de los hogares que se encuentran en condición de pobreza con respecto lo que no se encuentran en esta condición.

No obstante, esta interacción debe interpretarse con reservas porque la significancia estadística no implica que las transferencias incrementen la cohesión social entre los hogares pobres, ya que al analizar los efectos marginales se observa que la asociación negativa observada entre los hogares no pobres deja de estar presente dentro de la población pobre. En consecuencia, la evidencia no permite afirmar que recibir un apoyo gubernamental fortalezca la cohesión social de los hogares en situación de pobreza, sino únicamente que, la relación entre ambas variables difiere según el contexto socioeconómico en el que se analice.

Tabla 10

Asociaciones de los beneficios gubernamentales sobre la cohesión social: evidencia de modelos extensivos, intensivos y con interacciones

Variables	Modelo 1 Extensivo simple*	Modelo 2 Extensivo ajustado*	Modelo 3 Intensivo ajustado*	Modelo 4 Interacción apoyo*pobreza*	Modelo 5 Interacción monto*pobreza*
Recibe apoyo	-3.236***(0.163)	-0.248(0.167)	—	-0.533***(0.202)	—
Logaritmo del apoyo	—	—	-0.023(0.022)	—	-0.058**(0.027)
Pobreza por ingresos	—	-4.165***(0.175)	-4.166***(0.175)	-4.458***(0.219)	-4.447***(0.219)
Recibe apoyo * Pobreza	—	—	—	**0.870*****(0.312)**	—
Ln (Apoyo) *Pobreza	—	—	—	—	**0.111*****(0.041)**
Indígena	—	-2.274***(0.198)	-2.276***(0.198)	-2.284***(0.198)	-2.286***(0.198)
Rural	—	-0.527**(0.209)	-0.532**(0.209)	-0.544***(0.208)	-0.548***(0.208)
Educación: Secundaria	—	**1.422*****(0.176)**	**1.432*****(0.177)**	**1.421*****(0.176)**	**1.434*****(0.177)**
Educación: Media superior	—	**2.479*****(0.235)**	**2.492*****(0.235)**	**2.468*****(0.235)**	**2.483*****(0.235)**
Educación: Superior o más	—	**4.455*****(0.249)**	**4.469*****(0.250)**	**4.425*****(0.249)**	**4.443*****(0.249)**
Edad	—	-0.171***(0.003)	-0.171***(0.003)	-0.170***(0.003)	-0.170***(0.003)
Constante	**47.107*****	**53.437*****	**53.424*****	**53.522*****	**53.502*****
Observaciones	213,290	213,290	213,290	213,290	213,290
R^2	**0.008**	**0.073**	**0.073**	**0.073**	**0.073**
F ajustada	**395.85*****	**564.99*****	**565.54*****	**504.15*****	**504.90*****

Nota. Elaboración propia con base a ENIGH, 2024.

*****Estimaciones mediante regresión lineal con diseño muestral complejo (ENIGH 2024). Variable dependiente: índice de cohesión social (0–100). Errores estándar robustos ajustados por ponderaciones, estrato y conglomerados entre paréntesis. Modelos (1) y (2) presentan asociaciones bivariadas; modelos (3) y (4) incorporan controles estructurales y socioeconómicos; el modelo (5) incluye interacciones con la condición de pobreza. *** $p < 0.001$, ** $p < 0.01$, * $p < 0.05$.

Tabla 11
Contrastes marginales ajustados de las transferencias gubernamentales según condición de pobreza

Modelo	Grupo	Diferencia marginal estimada* (β)	Error estándar	IC 95% inferior	IC 95% superior	p-valor
Modelo 4. Recepción de apoyo (margen extensivo)	No pobres	-0.533	**0.202**	-0.930	-0.136	**0.008**
	Pobres	**0.338**	**0.259**	-0.170	**0.846**	**0.192**
Prueba de interacción (Wald)		F = 7.81				**0.005**
Modelo 5. Intensidad del apoyo (margen intensivo)	No pobres	-0.058	**0.027**	-0.111	-0.005	**0.030**
	Pobres	**0.053**	**0.035**	-0.016	**0.122**	**0.125**
Prueba de interacción (Wald)		F = 7.25				**0.007**

Nota. Elaboración propia con base a ENIGH, 2024.

*****La diferencia marginal fue obtenida a partir de modelos de regresión lineal estimados bajo diseño muestral complejo. Los modelos incluyen controles por condición indígena, ámbito territorial, nivel educativo de la jefatura del hogar y edad. Los intervalos de confianza corresponden al 95%.

De forma consistente al modelo 4, el modelo 5 muestra que la relación entre la intensidad del apoyo económico y la cohesión social también depende de la condición de pobreza. Entre los hogares no pobres, un incremento en el monto de la transferencia se asocia con una reducción promedio de 0.058 puntos en el índice ($\beta = -0.058$; IC95%: -0.111 a -0.005; $p = 0.030$), mientras que entre los hogares pobres el efecto cambia de signo, aunque permanece estadísticamente indistinguible de cero ($\beta = 0.053$; IC95%: -0.016 a 0.122; $p = 0.125$). La prueba de Wald confirma nuevamente diferencias significativas entre ambos grupos ($F = 7.25$; $p = 0.007$), evidenciando que la intensidad de las transferencias mantiene una asociación heterogénea con la cohesión social según la condición socioeconómica de los hogares.

En los modelos 3, 4 y 5, el R^2 se mantiene en 0.073 con la precisión presentada en la tabla. Esto indica que la sustitución de la condición de recepción por el monto de las transferencias y la incorporación de las interacciones con pobreza no modifican sustancialmente el ajuste global. No obstante, el objetivo de estas especificaciones no es maximizar el R^2, sino examinar si la asociación entre las transferencias y la cohesión social presenta diferencias según la condición de pobreza. Por ello, su interpretación se sustenta principalmente en los coeficientes de interacción, las pruebas de Wald y las estimaciones marginales.

En resumen, los resultados indican que las transferencias gubernamentales no presentan una asociación promedio estadísticamente significativa con la cohesión social, una vez consideradas las características estructurales de los hogares. Asimismo, la evidencia muestra que dicha asociación varía según la condición de pobreza, aunque los efectos estimados dentro de los hogares pobres no permiten afirmar que las transferencias incrementen la cohesión social de este grupo. En consecuencia, los hallazgos sugieren que las diferencias observadas en los niveles de cohesión social responden principalmente a factores estructurales, como la pobreza, el nivel educativo, la condición indígena, el ámbito territorial y la edad, más que a la recepción o al monto de los apoyos públicos.

Capítulo 5

Dinámica territorial de la Cohesión social

5.1. Diferencias territoriales de la cohesión social

A nivel nacional, el índice promedio de cohesión social alcanza un valor de 46.02 puntos, mientras que los índices derivados del análisis de componentes principales y del análisis factorial exploratorio registran valores de 48.53 y 51.27 puntos, respectivamente. Sin embargo, detrás de estos promedios nacionales se observan importantes diferencias territoriales entre entidades federativas, ya que las entidades del norte y occidente del país presentan los niveles más altos de cohesión social, destacando Colima, Nayarit, Sonora y Baja California Sur, mientras que Chiapas, Oaxaca, Estado de México, Veracruz y Guerrero concentran los valores más bajos en los distintos indicadores analizados (Véase Tabla 12).

Tabla 12

Índices de cohesión social por entidad federativa en México, 2024

Ranking	Entidad federativa	ICS_ prom_100*	PC1_100*	F1_100*
1	Colima	**52.33**	**54.66**	**57.11**
2	Nayarit	**52.31**	**54.99**	**57.88**
3	Sonora	**51.83**	**54.01**	**56.37**
4	Baja California Sur	**51.31**	**53.88**	**56.54**
5	Nuevo León	**50.40**	**52.84**	**55.40**
6	Sinaloa	**50.28**	**53.28**	**56.52**
7	Jalisco	**50.14**	**52.64**	**55.26**
8	Aguascalientes	**49.47**	**51.94**	**54.59**
9	Coahuila	**49.19**	**51.90**	**54.84**
10	Tamaulipas	**49.14**	**52.08**	**55.27**
11	Chihuahua	**48.98**	**51.54**	**54.35**
12	Querétaro	**48.74**	**51.36**	**54.22**
13	Baja California	**48.62**	**51.50**	**54.59**
14	Durango	**48.47**	**51.02**	**53.81**
15	San Luis Potosí	**47.50**	**49.64**	**51.99**
16	Guanajuato	**46.87**	**49.42**	**52.16**

Continuación Tabla 12

17	Yucatán	**46.81**	**49.37**	**52.18**
18	Zacatecas	**46.79**	**49.14**	**51.72**
19	Quintana Roo	**46.39**	**48.78**	**51.38**
20	Michoacán	**46.24**	**48.38**	**50.71**
21	Tabasco	**45.43**	**47.96**	**50.86**
22	Ciudad de México	**44.73**	**47.41**	**50.33**
23	Hidalgo	**44.46**	**46.60**	**48.97**
24	Campeche	**44.43**	**47.48**	**50.95**
25	Tlaxcala	**44.22**	**46.51**	**49.07**
26	Morelos	**43.88**	**46.28**	**48.92**
27	Puebla	**43.47**	**45.64**	**47.98**
28	Guerrero	**43.04**	**44.97**	**47.14**
29	Veracruz	**43.01**	**45.50**	**48.33**
30	México	**42.87**	**45.67**	**48.78**
31	Oaxaca	**42.03**	**43.91**	**45.99**
32	Chiapas	**41.21**	**43.73**	**46.63**

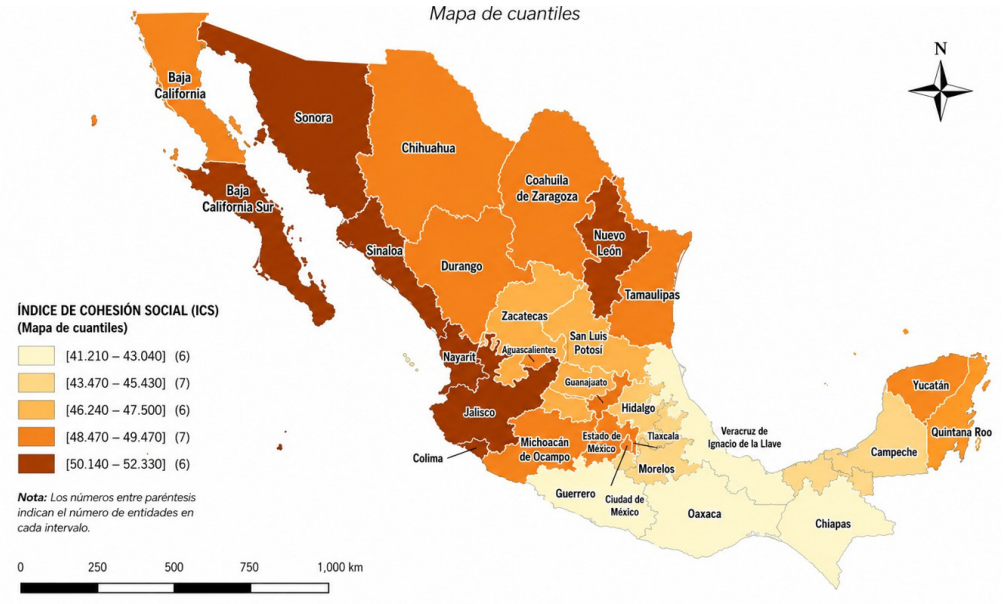
Nota. Elaboración propia con base en la ENIGH, 2024.
*Los resultados corresponden a estimaciones ponderadas mediante diseño muestral complejo.

El patrón observado sugiere que la cohesión social refleja desigualdades vinculadas al territorio, asociadas a diversos factores como la ruralidad, la dispersión poblacional, la marginación socioeconómica y la composición étnica. Sin embargo, debe destacarse que algunas entidades con elevados niveles de desarrollo económico y urbanización, como Ciudad de México o Estado de México, no se ubiquen entre las posiciones más altas.

La distribución territorial del Índice de Cohesión Social (ICS) por entidad federativa, mediante una clasificación por cuantiles, muestra una clara diferenciación espacial dentro del territorio nacional, configurando patrones regionales relativamente consistentes más que una distribución aleatoria entre estados (Véase Mapa 1). Asimismo, el mapa permite identificar una transición territorial gradual entre regiones con alta y baja cohesión social, particularmente en el centro del país, donde se observan entidades con niveles intermedios y una mayor heterogeneidad espacial.

Mapa 1

Mapa de cuantiles del índice de cohesión social promedio por entidad federativa, 2024

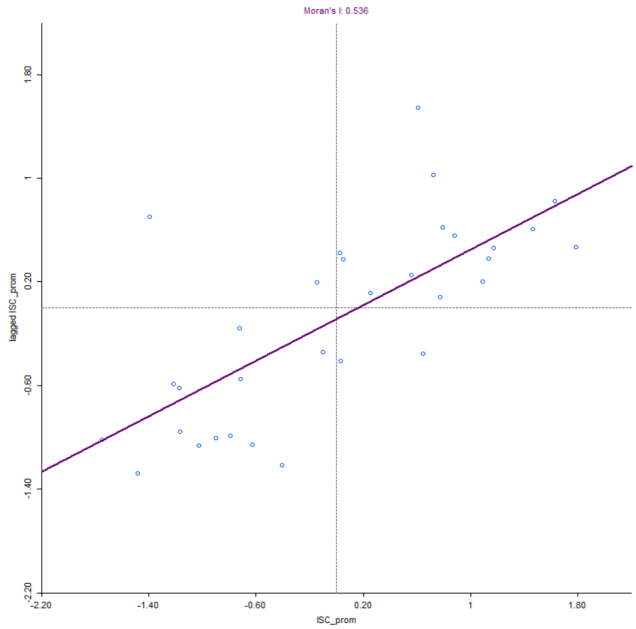


Nota. Elaboración propia.

Con el fin de evaluar si la distribución territorial de la cohesión social presenta patrones espaciales sistemáticos entre entidades federativas y no derivados de la aleatoriedad, se estimó el índice global de autocorrelación espacial de Moran (I), utilizando una matriz de contigüidad espacial tipo Queen de primer orden. Los resultados evidencian un índice de Moran positivo y estadísticamente significativo (I = 0.536; pseudo p-value = 0.001) (Véase Gráfica 4), lo que indica la existencia de una dependencia espacial en la distribución territorial de la cohesión social en México. En términos analíticos, este comportamiento sugiere que las entidades federativas tienden a agruparse espacialmente de acuerdo con niveles similares de cohesión social, configurando bloques regionales relativamente homogéneos. Por tanto, los estados con mayores niveles de cohesión social presentan una mayor probabilidad de localizarse próximos a entidades con características semejantes, mientras que los territorios con menores niveles de cohesión social también muestran una tendencia a concentrarse espacialmente. La significancia estadística obtenida mediante el procedimiento de permutaciones permite descartar que dicho patrón territorial responda a una distribución aleatoria, reforzando la hipótesis de que la cohesión social constituye un fenómeno territorialmente estructurado y asociado a dinámicas regionales persistentes.

Gráfica 4

Diagrama de dispersión espacial de Moran para el ICS_prom, 2024



Nota. Elaboración propia y estimaciones espaciales realizadas en GeoDa.

Con la finalidad de profundizar en la estructura territorial identificada previamente mediante el índice de Moran, se estimó el indicador de autocorrelación espacial local (Local Indicators of Spatial Association, LISA), el cual permite mostrar la localización específica de agrupamientos espaciales estadísticamente significativos y distinguir territorios con comportamientos diferenciados, permitiendo con ello reconocer qué entidades federativas conforman clústeres territoriales homogéneos y cuáles presentan comportamientos atípicos.

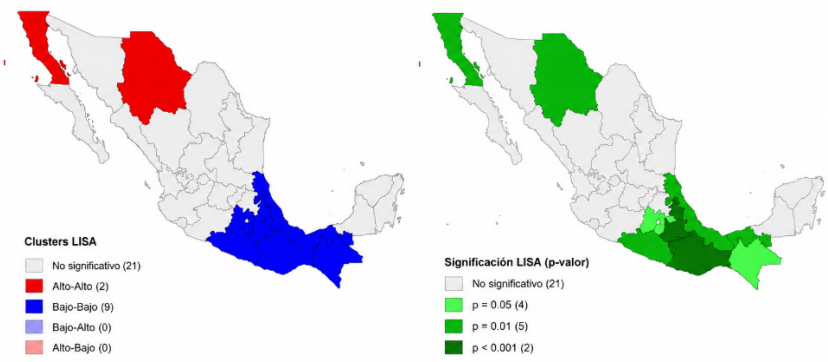
Los resultados muestran una configuración espacial regionalizada de la cohesión social en México, identificando un clúster Alto-Alto estadísticamente significativo en el noroeste del país integrado principalmente por Sonora y Baja California Sur, dichas entidades presentan elevados niveles de cohesión social y, simultáneamente, se encuentran rodeadas de territorios con características similares (Véase Mapa 2). En contraste, el análisis evidenció un clúster Bajo-Bajo localizado en el sur y centro-sur del país, conformado por entidades que presentan bajos niveles de cohesión social y que además se encuentran espacialmente rodeadas de territorios igualmente rezagados.

Este patrón muestra que los niveles de cohesión social no operan de manera aislada, sino que tienden a reproducirse regionalmente bajo estructuras territoriales específicas, dando pie a la existencia de procesos de dependencia territorial acumulativa dentro de la dinámica regional.

Asimismo, el mapa de significancia estadística confirma la robustez de los agrupamientos espaciales identificados, observándose en diversas entidades elevados niveles de significancia estadística ($p < 0.01$), lo que reduce considerablemente la probabilidad de que dichos patrones territoriales respondan al azar. En consecuencia, la evidencia espacial obtenida mediante el análisis LISA fortalece la hipótesis de que la cohesión social en México constituye un fenómeno territorialmente estructurado, caracterizado por la formación de bloques regionales relativamente homogéneos y por la persistencia de desigualdades espaciales entre regiones del país.

Mapa 2

Mapas LISA del índice de cohesión social en las entidades federativas de México, 2024.



Nota. Elaboración propia y estimaciones espaciales realizadas en GeoDa.

5.2. Regionalización territorial de la cohesión social

La regionalización territorial permitió identificar diferencias consistentes en los niveles de cohesión social entre las distintas regiones del país (Véase Tabla 13), siendo la región Norte-Noroeste la que presentó los niveles más elevados en los tres índices analizados de cohesión social, superando consistentemente al resto de las regiones del país.

Tabla 13

Índices regionales de cohesión social en México, 2024

Región territorial	ICS_prom_100	PC1_100	F1_100
Norte-Noroeste	**49.82**	**52.48**	**55.33**
Occidente-Centro	**48.72**	**51.2**	**53.86**
Centro metropolitano	**43.6**	**46.18**	**49.03**
Sur-Sureste	**43.72**	**46.05**	**48.67**

Nota. Elaboración propia.

Por otra parte, las regiones Centro metropolitano y Sur-Sureste registraron los niveles más bajos de cohesión social, comportamiento que sugiere que la cohesión social en México se encuentra territorialmente condicionada y asociada a dinámicas regionales persistentes.

Complementando el análisis, se realizó una estimación econométrica que confirma que las regiones Centro metropolitano y Sur-Sureste presentan reducciones superiores a seis puntos en el Índice de Cohesión Social con respecto la región Norte-Noroeste, diferencias que resultaron altamente significativas ($p < 0.001$). Incluso la región Occidente-Centro, pese a mantener niveles relativamente altos de cohesión social, mostró valores significativamente menores respecto a la región de referencia (Véase Tabla 14).

Tabla 14

Contrastes regionales del índice de cohesión social respecto a la región Norte-Noroeste

Variable	Coeficiente*	Error estándar	T	p-valor
Occidente-Centro	-1.1	**0.236**	-4.66	**0.000**
Centro metropolitano	-6.22	**0.3**	-20.72	**0.000**
Sur-Sureste	-6.1	**0.235**	-25.94	**0.000**
Constante (Norte-Noroeste)	**49.82**	**0.154**	**324.27**	**0.000**

$F = 312.76$, Prob > $F = 0.0000$ y $R^2 = 0.0281$

Nota. Elaboración propia.

*****La región Norte-Noroeste fue utilizada como categoría de referencia en el modelo de regresión, representando el valor promedio estimado del índice de cohesión social para dicha región.

El modelo regional presenta un R^2 de 0.0281, lo que indica que la clasificación territorial utilizada da cuenta de 2.81 % de la variabilidad observada en el índice de cohesión social. Esta magnitud debe interpretarse en relación con el objetivo específico del modelo, que no consiste en predecir las puntuaciones individuales, sino en contrastar estadísticamente las diferencias promedio entre las cuatro regiones construidas.

El resultado muestra que la región permite identificar diferencias promedio estadísticamente significativas, pero que por sí sola representa una proporción limitada de la heterogeneidad individual de la cohesión social. En consecuencia, la significancia de los contrastes regionales puede coexistir con un R^2 reducido, así, el primer resultado se refiere a la precisión con la que se estiman las diferencias entre regiones, mientras que el segundo describe la capacidad global de la regionalización para dar cuenta de la variabilidad del índice.

Si bien el coeficiente de determinación del modelo fue relativamente bajo ($R^2 = 0.0281$), este resultado es consistente con la naturaleza multidimensional y altamente

heterogénea de la cohesión social en datos de corte transversal. A este respecto, Cohen (1988: 413) señala que en modelos de regresión múltiple con valores de R^2 cercanos a 0.02 pueden interpretarse como tamaños de efecto pequeños en modelos de regresión múltiple, aunque estadísticamente significativo.

5.3 Regionalización y ámbito rural y urbano

Al incorporar la dimensión rural-urbana, se observan brechas intraterritoriales importantes, obsérvese como en la región Norte-Noroeste los niveles de cohesión social muestran relativa estabilidad entre espacios urbanos y rurales, mientras en las regiones Occidente-Centro y Sur-Sureste las diferencias territoriales se amplían considerablemente, presentando menores niveles de cohesión social en los espacios rurales. Particularmente, la región Sur-Sureste en donde se presenta la brecha territorial más pronunciada con procesos de heterogeneidad territorial interna (Véase Tabla 15).

Los resultados hasta aquí encontrados adquieren mayor relevancia al incorporar un modelo de regresión lineal con interacción entre región y ruralidad. La especificación tomó como categoría de referencia a la región Norte-Noroeste en ámbito urbano, por lo que la constante representa el nivel promedio estimado de cohesión social para dicha configuración territorial (49.79) (Véase Tabla 15).

Tabla 15

Índice de cohesión social por ámbito rural-urbano, 2024

Región territorial	Urbano	Rural
Norte-Noroeste	**49.79**	**50.07**
Occidente-Centro	**49.23**	**46.92**
Centro metropolitano	**43.82**	**42.47**
Sur-Sureste	**44.84**	**41.91**

Nota. Elaboración propia.

En términos generales, la condición rural no mostró efectos estadísticamente significativos sobre la cohesión social ($\beta = 0.27$; $p = 0.504$), se puede decir que residir en espacios rurales no implica necesariamente menores niveles de cohesión social; sin embargo, cuando se considera la estructura regional, los resultados muestran que el efecto de la ruralidad cambia dependiendo de la región analizada (Véase Tabla 16).

Este hallazgo es importante, porque muestra que el efecto promedio de la ruralidad oculta la heterogeneidad territorial, ya que, si únicamente se hubiera estimado un modelo de regresión sin considerar la interacción regional, se habría concluido que la

ruralidad carece de relación con la cohesión social. Sin embargo, la incorporación de términos de interacción muestra que dicho efecto no es constante, sino que depende del contexto regional.

En la región Occidente-Centro, la interacción rural evidenció una reducción de 2.58 puntos en el nivel promedio de cohesión social respecto al ámbito urbano de referencia correspondiente al Norte-Noroeste ($p < 0.001$), mientras que en el Sur-Sureste la disminución superó los tres puntos ($\beta = -3.20$; $p < 0.001$). Incluso en el Centro metropolitano, la interacción territorial presentó un efecto negativo y estadísticamente significativo ($\beta = -1.63$; $p = 0.006$). Este hallazgo es importante, porque muestra como la desigualdad territorial no solo se manifiesta entre regiones, sino también al interior de ellas, especialmente en contextos rurales.

Tabla 16

Modelo de interacción regional del índice de cohesión social en México, 2024

Variable	Coeficiente	Error estándar	T	p-valor	IC 95% inferior	IC 95% superior
Occidente-Centro	-0.565	**0.272**	-2.08	**0.038**	-1.098	-0.032
Centro metropolitano	-5.97	**0.344**	-17.34	**0.000**	-6.644	-5.295
Sur-Sureste	-4.952	**0.283**	-17.49	**0.000**	-5.508	-4.397
Rural	**0.277**	**0.414**	**0.67**	**0.504**	-0.535	**1.088**
Occidente-Centro × Rural	-2.588	**0.545**	-4.75	**0.000**	-3.656	-1.519
Centro metropolitano × Rural	-1.629	**0.594**	-2.74	**0.006**	-2.793	-0.466
Sur-Sureste × Rural	-3.205	**0.552**	-5.81	**0.000**	-4.286	-2.124
Constante (Norte-Noroeste urbano)	**49.793**	**0.166**	**300.34**	**0.000**	**49.468**	**50.118**

$F = 170.88$, Prob > $F = 0.0000$ y $R^2 = 0.0311$

Nota. Elaboración propia.

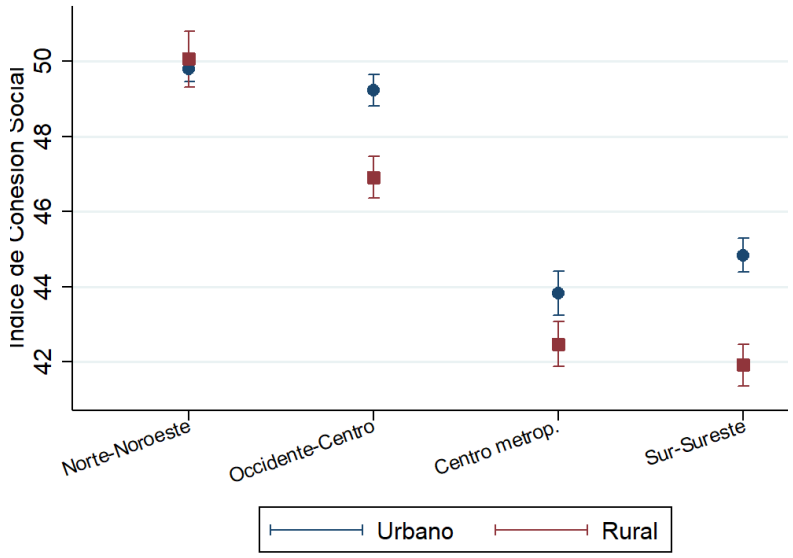
Asimismo, el hecho de que la ruralidad aislada no resulte significativa, pero sí sus interacciones regionales, revela que los efectos territoriales asociados a la cohesión social no pueden interpretarse mediante categorías espaciales homogéneas o dicotómicas simples, sino que requieren aproximaciones capaces de capturar la interacción entre región y características sociodemográficas.

En consecuencia, los resultados sugieren que las diferencias rural-urbanas en la cohesión social no operan de manera homogénea dentro del territorio nacional, sino que su magnitud e intensidad dependen de las configuraciones regionales en las que se insertan, indicando que la dimensión territorial modifica significativamente el efecto de la ruralidad sobre la cohesión social. Se puede decir que, el territorio actúa como un contexto

que amplifica o atenúa las oportunidades para el desarrollo de relaciones de confianza, cooperación e integración social. Estas brechas pueden verse claramente en la Gráfica 5, en donde en la región Norte-Noroeste las estimaciones urbano-rurales presentan niveles relativamente similares y con intervalos de confianza parcialmente superpuestos, en las regiones Occidente-Centro y Sur-Sureste las brechas territoriales se amplían considerablemente, evidenciando menores niveles de cohesión social en los espacios rurales.

Gráfica 5

Brechas territoriales de cohesión social según región y ámbito urbano-rural, 2024



Nota. Elaboración propia con base en la ENIGH 2024, INEGI, 2025.
Nota: Los puntos representan medias ajustadas estimadas mediante regresión con diseño muestral complejo; y las barras corresponden a intervalos de confianza al 95%.

El hecho de que la región Norte-Noroeste no presente diferencias estadísticamente apreciables entre espacios urbanos y rurales, cuestiona la idea de que la ruralidad constituya, por sí misma, un factor de menor cohesión social. Más bien, la evidencia indica que los efectos negativos asociados a los espacios rurales emergen únicamente bajo determinadas configuraciones territoriales y estructurales, lo que sugiere que las brechas observadas responden a procesos regionales específicos y no a una característica inherente del medio rural.

5.4. Desigualdad intrarregional de la cohesión social

Además de las diferencias regionales observadas en los niveles promedio de cohesión social, resulta relevante analizar la forma en que la cohesión social se distribuye al interior de cada configuración territorial, ya que una región puede presentar niveles relativamente elevados de cohesión social y, simultáneamente, registrar importantes desigualdades

internas en las dinámicas de integración comunitaria. Bajo esta perspectiva, el análisis distributivo permite complementar la lectura espacial previamente desarrollada, incorporando una dimensión adicional asociada a la heterogeneidad intrarregional de la cohesión social.

De acuerdo con los resultados presentados, las regiones Norte-Noroeste y Occidente-Centro mantienen los niveles promedio más elevados de cohesión social, en contraste con la región del Centro metropolitano y el Sur-Sureste que presentan los niveles más bajos del índice. No obstante, al ir más allá del comportamiento medio y analizar el coeficiente de variación, se observan patrones particularmente relevantes, ya que el Centro metropolitano registró la mayor dispersión relativa del índice (CV = 0.374), seguido del Sur-Sureste (CV = 0.358), mientras que el Norte-Noroeste presentó la menor heterogeneidad interna (CV = 0.336) (Véase Tabla 17). Estos resultados podrían hacernos pensar que las regiones caracterizadas por procesos de urbanización acelerada, expansión metropolitana y diferenciación socioespacial presentan estructuras territoriales más desiguales en términos de cohesión social, sin embargo, esta interpretación debe entenderse como una posible explicación, ya que dichas características no fueron incorporadas explícitamente en el tratamiento estadístico.

Tabla 17

Desigualdad regional del índice de cohesión social

Región territorial	Media	Desv. estándar	Coeficiente de variación	Índice de Gini	Error estándar	IC 95% inferior	IC 95% superior
Norte-Noroeste	**49.83**	**16.76**	**0.336**	**0.173**	**0.003**	**0.168**	**0.179**
Occidente-Centro	**48.61**	**16.87**	**0.347**	**0.17**	**0.006**	**0.159**	**0.181**
Centro metropolitano	**43.52**	**16.26**	**0.374**	**0.21**	**0.011**	**0.187**	**0.232**
Sur-Sureste	**43.84**	**15.7**	**0.358**	**0.197**	**0.003**	**0.191**	**0.202**
Nacional	**46.9**	**16.67**	**0.356**	**0.198**	**0.006**	**0.186**	**0.21**

Nota. Elaboración propia con base en la ENIGH 2024, INEGI, 2025.

El análisis mediante el índice de Gini refuerza esta interpretación, ya que la región del Centro metropolitano presentó el mayor nivel de desigualdad distributiva de la cohesión social (Gini = 0.210), superando incluso al promedio nacional (0.198). Asimismo, la región Sur-Sureste registró también niveles elevados de desigualdad interna (0.197), lo que sugiere que los procesos de heterogeneidad territorial no sólo se asocian a menores niveles promedio de cohesión social, sino también a una distribución territorial más des-

igual de la cohesión social. En contraste, las regiones Norte-Noroeste y Occidente-Centro mostraron los menores niveles de desigualdad distributiva (0.173 y 0.170, respectivamente), lo que implica configuraciones territoriales relativamente más homogéneas.

Desde una perspectiva territorial, estos resultados permiten identificar que la cohesión social en México no constituye un fenómeno espacialmente uniforme, sino una estructura relacional diferenciada que adopta configuraciones regionales heterogéneas. Mientras algunas regiones presentan patrones relativamente homogéneos de integración social, otras muestran diferencias intra territoriales asociadas a procesos de desigualdad territorial. En consecuencia, las brechas de cohesión social no sólo operan entre regiones del país, sino también dentro de ellas, particularmente en territorios metropolitanos y regiones históricamente caracterizadas por mayores condiciones de desigualdad estructural.

En este análisis se realizó la descomposición de los índices de entropía generalizada (Theil) con el propósito de distinguir la heterogeneidad distributiva de la cohesión social entre regiones y al interior de ellas, lo que permitirá responder si la desigualdad en la cohesión social ocurre porque las regiones son distintas entre sí, o porque dentro de cada región existen hogares en condiciones muy diferentes en términos de cohesión social. Este análisis complementa los resultados realizados mediante el coeficiente de variación y el índice de Gini, ya que, mientras dichos indicadores permiten apreciar si las regiones presentan una mayor o menor desigualdad entre ellas; la descomposición de la entropía permite identificar dónde se concentra esa heterogeneidad, evidenciando si las diferencias son mayores al interior de las regiones o entre ellas.

Los resultados muestran que, si bien la regionalización territorial permitió identificar configuraciones espaciales diferenciadas de cohesión social, la mayor parte de la heterogeneidad observada se concentra dentro de las propias regiones territoriales, por lo que la variabilidad de la cohesión social no se organiza principalmente entre grandes regiones del país, sino entre hogares y territorios que pertenecen a una misma región. En otras palabras, compartir una misma configuración regional no implica experimentar niveles semejantes de cohesión social, lo que pone de manifiesto la existencia de importantes desigualdades territoriales internas. Particularmente, el componente intrarregional (within) explicó prácticamente la totalidad de la heterogeneidad distributiva, mientras que el componente interregional (between) presentó magnitudes considerablemente menores (Véase Tabla 18).

Lejos de invalidar la regionalización construida, la descomposición de la entropía identifica grandes configuraciones territoriales de la cohesión social, aunque también evidencia que dichas configuraciones contienen una elevada diversidad interna. En consecuencia, la cohesión social en México presenta simultáneamente patrones regionales

de agrupamiento territorial y dinámicas intrarregionales de desigualdad y heterogeneidad social. De esta manera, , el Centro metropolitano presentó consistentemente los mayores niveles de heterogeneidad distributiva mediante los distintos indicadores estimados, evidenciando una estructura territorial internamente más desigual. En contraste, las regiones Norte-Noroeste y Occidente-Centro mostraron distribuciones relativamente más homogéneas de la cohesión social.

La descomposición de los índices de entropía muestra que aproximadamente el 97.56%[2] de la heterogeneidad distributiva de la cohesión social se concentra al interior de las regiones, mientras que las diferencias entre regiones explican menos del 2.42%[3]. Este resultado indica que, aunque las configuraciones regionales presentan niveles promedio distintos de cohesión social, donde la mayor parte de la variabilidad no se origina en las diferencias entre regiones, sino en la considerable heterogeneidad existente dentro de cada una de ellas.

Estos resultados sugieren que, si se buscara aplicar una política pública para promover la cohesión social, ésta no puede diseñarse considerando exclusivamente enfoques regionales, sino que tendría que considerar la heterogeneidad intrarregional.

Esta conclusión, la heterogeneidad se mantiene prácticamente inalterada independientemente del parámetro de entropía utilizado, ya que tanto el GE (0), que es más sensible a los niveles bajos del índice, como el GE (2), que otorga mayor peso a los valores extremos, muestran que la heterogeneidad intrarregional explica prácticamente la totalidad de la desigualdad observada. Esta estabilidad fortalece la robustez de los resultados y reduce la posibilidad de que las conclusiones dependan de una medida específica de desigualdad (Véase Tabla 18).

Tabla 18

Descomposición regional de la heterogeneidad distributiva del índice de cohesión social en México, 2024

Indicador	Total	Within regiones[1]	Between regiones[1]
GE (0)*	**0.07598**	**0.07413**	**0.00184**
GE (1) Theil**	**0.06616**	**0.0643**	**0.00186**
GE (2)***	**0.0627**	**0.06083**	**0.00187**

Nota. Elaboración propia con base en la ENIGH 2024, INEGI, 2025.

[1]Los componentes "Within" y "Between" representan la proporción de heterogeneidad distributiva explicada al interior de las regiones y entre regiones territoriales, respectivamente.
*GE(0) indicador de entropía más sensible a valores bajos
** GE(1) indicador de entropía de sensibilidad intermedia
*** GE(2) indicador de entropía más sensible a valores altos

[2] Resultado que se obtiene de dividir la desigualdad Within entre la desigualdad GEO (0) 0.07413÷0.07598=0.9756

[3] Resultado que se obtiene de dividir la desigualdad Between entre la desigualdad GEO 0.00184÷0.07598=0.0242

En conjunto, la evidencia sugiere que la cohesión social en México posee una estructura territorial jerárquica, ya que cuenta con patrones regionales claramente diferenciados, pero éstos coexisten con elevados niveles de heterogeneidad interna que sólo pueden identificarse mediante análisis distributivos. En consecuencia, comprender la geografía de la cohesión social requiere considerar simultáneamente ambas escalas analíticas, tanto la regional, que permite reconocer grandes configuraciones espaciales, como la intrarregional, donde se concentra la mayor parte de las diferencias observadas entre los hogares.

Conclusión

Comprender la cohesión social supone aceptar que se trata de uno de los conceptos más complejos y, al mismo tiempo, más relevantes para interpretar a las sociedades contemporáneas. A lo largo de este libro se mostró que la riqueza del concepto ha ido acompañada de una notable diversidad de enfoques teóricos y metodológicos, lo cual, lejos de constituir una debilidad, esta pluralidad refleja que la cohesión social no puede reducirse a un único componente ni explicarse mediante relaciones causales simples.

Al revisar la literatura se pudo identificar que las distintas aproximaciones enfatizan dimensiones particulares del fenómeno, pero también, se pudo evidenciar la existencia de elementos comunes que hacen posible construir una comprensión más integrada del concepto. Ante ello, esta obra pretende mostrar el carácter multidimensional, multinivel y dinámico de la cohesión social.

Desde esta perspectiva, se establece que tanto los vínculos interpersonales, así como, la dinámica comunitaria, la confianza institucional y las condiciones estructurales determinan los niveles de cohesión social que se pueden alcanzar. En consecuencia, se plantea que la cohesión social tiene diferentes escalas o niveles de agregación, cuyo reconocimiento permite identificar particularidades según el nivel de análisis y características del territorio estudiado.

Los hallazgos encontrados en esta investigación permiten confirmar este planteamiento, especialmente al apreciar que la cohesión social en México no sigue un patrón uniforme, reflejando diferencias entre e inter regiones. La heterogeneidad manifiesta que las relaciones de confianza y colaboración están estrechamente vinculadas con las condiciones económicas, sociales e institucionales que caracterizan a cada región.

Una de las contribuciones del libro es mostrar cómo las diferentes técnicas de medición de la cohesión social (promedio, PCA y AF) permiten obtener resultados diferentes para explicar el mismo fenómeno, sin embargo, al nivel de escala empleado, los índices presentaron una distribución similar y consistente, lo que permite darle una mayor validez empírica al constructo de cohesión social.

En esta investigación se encontró una marcada estratificación de la cohesión social asociada al territorio, a la educación, a la pobreza, a la etnicidad y a los ámbitos rural-urbano, las cuales no solo mostraron ser estadísticamente significativas, sino además intensificaron sus efectos cuando interactúan conjuntamente, generando mecanismos acumulativos de exclusión y con ello, niveles desiguales de cohesión social. Estos patrones son compatibles con la presencia de desventajas estructurales acumuladas; sin

embargo, el diseño observacional y transversal no permite afirmar que dichas características causen menores niveles de cohesión social ni identificar los mecanismos mediante los cuales se producirían esas diferencias.

Otro hallazgo es que la cohesión social disminuye sistemáticamente conforme aumenta la edad, por lo que muestra diferentes niveles a lo largo del ciclo de vida. En paralelo, el nivel educativo del jefe de familia también muestra incidencias sobre la cohesión social, sin embargo, estas son marginales cuando se añaden las variables estructurales analizadas.

Al analizar la relación entre las instituciones gubernamentales y la cohesión social, a través de las transferencias de gobierno, se encontró que su relación tiene una asociación negativa, lo que podría parecer un resultado no esperado, sin embargo, este efecto comienza a desaparecer conforme se añaden variables estructurales, lo que permite sugerir que la asociación encontrada es resultado de la focalización de las transferencias hacia los hogares que se encuentran en condiciones de mayor vulnerabilidad. Una limitante es que las transferencias se analizaron de forma generalizada, sin considerar los efectos diferenciados en la cohesión social para los diferentes programas gubernamentales.

Las implicaciones de los resultados encontrados muestran que para diseñar políticas públicas que busquen mejorar los niveles de cohesión social, se requiere de intervenciones diferenciadas según el contexto y la capacidad institucional y comunitaria para mejorar los vínculos de confianza y cooperación, siempre teniendo presente que la calidad de las relaciones sociales constituye un recurso indispensable para ampliar la eficacia de las intervenciones públicas.

Uno de los desafíos percibidos consiste en realizar investigaciones hacia estudios longitudinales para apreciar los cambios temporales y profundizar en los mecanismos que explican cambios en los niveles de cohesión social. También es necesario considerar distintas metodologías que integren tanto enfoques cuantitativos como cualitativos, capaces de captar tanto las regularidades como las disrupciones que podrían constituir señales tempranas de debilitamiento de la cohesión social.

Este libro constituye, por tanto, una propuesta para comprender la cohesión social desde una perspectiva integradora, articulando tanto la teoría, la metodología y evidencia empírica, sin pretender cerrar la discusión en torno a la cohesión social, ya que, como se planteó al inicio, su complejidad exige aproximaciones multidimensionales.

Referencias bibliográficas

Aruqaj, B. (2023). An integrated approach to the conceptualisation and measurement of social cohesion. *Social Indicators Research*, 168(1–3), 227–263. https://doi.org/10.1007/s11205-023-03110-z

Berger-Schmitt, R., & Noll, H.-H. (2000). *Conceptual framework and structure of a European system of social indicators*. Centre for Survey Research and Methodology (ZUMA). https://www.researchgate.net/publication/239579151_Conceptual_Framework_and_Structure_of_a_European_System_of_Social_Indicators

Bernard, P. (1999). *Social cohesion: A dialectical critique of a quasi-Concept*, Canadian Policy Research Networks. Ottawa, Canada. Retrieved from https://coilink.org/20.500.12592/22r6fj. COI: 20.500.12592/22r6fj.

Bhandari, H., & Yasunobu, K. (2009). What is social capital? A comprehensive review of the concept. *Asian Journal of Social Science*, 37(3), 480-510.

Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp 241-260). Greenwood Press.

Burchi, F., Fiedler, C., Leininger, J., Mross, K., Nowack, D., Schiller, A., . . . Wingens, C. (2026). "Social Cohesion: A new definition and a proposal for its measurement in Africa". *Social Indicators: An International and Interdisciplinary Journal for Quality-of-Life Measurement*, Springer, vol. 181(1), 1-28. DOI: 10.1007/s11205-025-03764-x

Cabrera, M., Dupré, H., & García, S. (2018). *Modelo para la cohesión social comunitaria*. Centro de Seguridad Urbana y Prevención, S. C.

Cantard, A. (2011). La cohesión social: continuidades y rupturas. *Revista extensión universitaria + E*, (1), 6-13. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=564172830002

Castillo, J. C., Espinosa V., & Barozet, E. (2022). *Cohesión social en Chile en tiempos de cambio. Indicadores, perfiles y factores asociados*. Documentos de Proyectos. Santiago de Chile: CEPAL-COES.

Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral Sciences, 2nd Edtition*. New York: Routledge. https://doi.org/10.4324/9780203771587

CEPAL. (2007). *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. CEPAL- Agencia Española de Cooperación Internacional. Santiago de Chile.

CEPAL-ONU. (2007). *Un sistema de indicadores para el seguimiento de la cohesión social en América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.

Chan, J., Pong To, H., & Chan, E. (2006). Reconsidering social cohesion: developing a definition and analytical framework for empirical research. *Social Indicators Research*, 75(2), 273-302.

Chatterjee, S., Gassier, M., & Myint, N. (2023). *Leveraging Social Cohesion for Development Outcomes*. Policy Research working paper; no. WPS 10417 Washington, D.C.: World Bank Group. http://documents.worldbank.org/curated/en/099723304202334301

CONEVAL. (2009). *Metodología para la medición de la pobreza en México*. Ciudad de México: CONEVAL.

CONEVAL. (2015). *Cohesión social: balance conceptual y propuesta teórico-metodológica*. CONEVAL. http://www.coneval.gob.mx/quienessomos/InvestigadoresAcademicos/Paginas/Investigadores-Academicos-2014-2015.aspx

Durkheim, E. (1893). *The Division of Labor In Society*. New York City: The Free Press Of Glencoe The Macmillan Company.

Ferlander, S. (2007). The importance of different forms of social capital for health. *Acta Sociologica*, 50(2), 115–128. https://doi.org/10.1177/0001699307077654

Fonseca, X., Lukosch, S., & Brazier, F. (2019). Social cohesion revisited: a new definition and how to characterize it. *Innovation: The European Journal of Social Science Research,* 32(2), 231–253. https://doi.org/10.1080/13511610.2018.1497480

Giddens, A. (2007). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus.

Grimalda, G., & Tanzler, N. (2018). *Social cohesion, global governance and the future of politics. Understanding and fostering social cohesion*. CARI-CIPPEC. www.t20argentina.org

Habermas, J. (2010). *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*. Ediciones Paidós.

Horsham, Z., Abrams, D., Davies, B., & Lalot, F. (2024). Social Cohesion and Volunteering: Correlates, Causes, and Challenges. *Translational Issues in Psychological Science*, *10*(1), 51–68. https://doi.org/10.1037/tps0000387

Haro-Álvarez, G., & Vázquez-Vázquez, D. (2017). La cohesión social desde una perspectiva no normativa: alternativa de un diseño instrumental. *Tla-Melaua*, 11(43), 132–154.

INEGI. (2021). *Características de las localidades 2020: Síntesis metodológica y conceptual*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825197605.pdf

INEGI. (2025). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2024 (ENIGH): Nueva serie. Descripción de la base de datos*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/programas/enigh/nc/2024/

Jenson, J. (1998). *Mapping Social Cohesion: The State of Canadian Research*. Ottawa: Renouf Publishing Co. Ltd.

Jenson, J. (2010). *Defining and Measuring Social Cohesion*. London: Commonwealth Nations Research Institute for Social Development.

Leong, C. H., Huan, A., Low, C., & Lam, T. S. (2025). *Southeast asian social cohesion radar 2025*. ICCS-RSIS. https://rsis.edu.sg/wp-content/uploads/2025/06/Final_Social- Cohesion-Radar-1-July.pdf

Lozares, C., Roldán, P. L., Verd, J. M., & Martí -Quit, J. (2011). Cohesión, vinculación e integración sociales en el marco del capital social. *Revista Hispana Para El Análisis de Redes Sociales*, 20(1), 1–28. http://revista-redes.rediris.es

Mainlehwon, E. V. (2025). Key elements of social cohesion in conflict-affected societies: a critical literature review. *Cogent Social Sciences,* 11 (1), 1-18. https://doi.org/10.1080/23311886.2025.2586176

Maldonado, C., Varinia, V., Rojas, T., Cea, C., Ignacio, J., & Sarrazin, S. (2021). *Panorama de la cohesión social en América Latina y el Caribe*. CEPAL. https://www.cepal.org/es/publicaciones/47667-panorama-la-cohesion-social-america-latina-caribe

Maxwell, J. (1996). *Social dimensions of economic growth.* Eric John Hanson Memorial Lecture Serie. Vol. VIII. Edmonton: University of Alberta.

Moustakas, L. (2023). Social Cohesion: Definitions, Causes and Consequences. *Encyclopedia,* 3(3), 1028–1037. https://doi.org/10.3390/encyclopedia3030075

OECD. (2011). *Definition of Social Cohesion*. París: OECD Publishing.

Ottone, E. (2007). *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Naciones Unidas https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/1e3b997b-2ec9-49be-903a-0ef9b797d5a8/content

Puddle, J., Rutter, J., Rolfe, H., Fraser, A., Williams, J., Nuckhir, G., Marin, J., Akram, S., Inskip, B., Thompson, D., Bhari, R., Blatherwick, L., & Dixon, A. (2025). *The State of Us: Community strength and cohesion in the UK*. British Future and the Belong Network. www.britishfuture.org

Putnam, R. (2001). Social Capital: Measurement and Consequences. *Canadian Journal of Policy Research*, 2(1), 41–51.

Quiroga-Juárez, C. A., & Villafuerte-Valdés, L. F. (2022). Una aproximación de actualidad al concepto de cohesión social desde un estudio bibliométrico. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 6(5), 3308–3340. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v6i5.3321

Riazi, A. M., Cochrane, L., Moloney, K., & Mohamed, R. (2026). Social cohesion: a multi-dimensional and multi-faceted framework. In SN Social Sciences (Vol. 6, Number 3). Springer Nature. https://doi.org/10.1007/S43545-026-01363-2

Schiefer, D., & Van Der Noll, J. (2017). The Essentials of Social Cohesion: A Literature Review. *Social Indicators Research*, 132(2), 579–603. https://doi.org/10.1007/s11205-016-1314-5

Sewell, W. H. (2005). *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*. Chicago University Press. https://doi.org/10.7208/chicago/9780226749198.001.0001

Tok, T. Q. H., Woods, O., & Kong, L. (2024). What is Beyond Measurement for Social Cohesion?, *Social Indicators Research*, 175(1), 109–127. https://doi.org/10.1007/s11205-024-03430-8

United Nations. (2023). *Social Cohesion Concept and Measurement*. United Nations. https://unece.org/sites/default/files/202312/2317603_E_ECE_CES_STAT_2023_8_WEB.pdf

Villegas-Olivar, E. O., & Rivera-García, Ó. B. (2025). Operatividad de la cohesión social comunitaria a través de programas sociales. *Revista Temas Sociológicos*, (36), 335–371. https://doi.org/10.29344/07196458.36.3874

La cohesión social en el contexto del territorio, las transferencias públicas y la desigualdad en México, Volumen I

Es un libro realizado por los autores Mariana Betzaidet Cortés Sánchez, Mariano Velasco Torres, Humberto Cantellano Rodríguez y Alejandro Miguel Castañeda Valencia, está disponible en formato electrónico (PDF), 40 mg, en la página de la Dirección General de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (www.fomentoeditorial.buap.mx) a partir de octubre de 2026

¿Por qué algunas entidades federativas de México tienen una mayor cohesión social frente a otras?

Esta obra ofrece una respuesta al analizar una combinación de diferentes factores como la desigualdad en los ingresos, las redes de apoyo de las personas, las características del jefe o jefa de hogar, las transferencias públicas y los contextos territoriales.

Con una metodología robusta para la medición de la cohesión social en México, el libro demuestra que la condición que mantiene unidad a las personas al vivir en sociedad no es igual en todo el país, varía según la región, la edad de las personas, su nivel educativo, su condición económica y si viven en el campo o en la ciudad. Estas diferencias no actúan por separado, dependiendo del contexto, se acumulan para desarticular o fortalecer ese vínculo social, de esta manera, surgen comunidades rurales cada vez más desiguales respecto a las urbanas en el Sur-sureste a diferencia de comunidades que se consolidan como más homogéneas en el Norte-Noroeste del país.

Uno de los hallazgos más contundentes es que las transferencias de gobierno, diseñadas como una política social en el periodo neoliberal para apoyar a las familias más vulnerables, y de manera reciente, orientadas a una asistencia universal, no bastan por sí solas para fortalecer la cohesión social, debe entonces acompañarse de innovaciones institucionales y procesos de gobernanza.

Este libro contiene una metodología específica para medir la cohesión social, aporta líneas de investigación para futuras investigaciones, en materia de políticas públicas, se recomienda intervenciones distintas según contextos, reconociendo que, a la par de las transferencias públicas, es fundamental implementar estrategias diferenciadas para fortalecer la confianza entre las personas beneficiarias y generar valor público.

